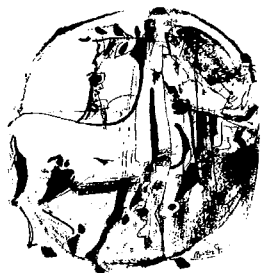


# BAJO EL OPROBIO



GUTIÉRREZ  
GIRARDOT



## DEL AUTOR

---

### *Prosa*

**Páginas Libres.** — París, 1894 (1a. edición);  
Madrid, 1915 (2a. edición, con un estudio crítico de Rufino Blanco-Fombona).

**Horas de Lucha.** — Lima, 1908 (1a. edición);  
Lima, 1924 (2a. edición).

### *Verso*

**Minúsculas.** — Lima, 1901 (1a. edición); Lima,  
1909 (2a. edición); Lima, 1928 (3a. edición).

**Presbiterianas.** — Lima, 1909 (1a. edición);  
Lima, 1928 (2a. edición).

**Exóticas.** — Lima, 1911.

**Trozos de Vida.** — París, 1933.

MANUEL G. PRADA

---

**BAJO  
EL OPROBIO**

---

PARIS

TIPOGRAFÍA DE LOUIS BELLENAND ET FILS

1933

Editor : Alfredo GONZÁLEZ PRADA

El editor no se reserva ningún derecho de propiedad y autoriza la reproducción total o fragmentaria de este libro.

## ÍNDICE

Prólogo.....	7
Dos palabras.....	17
Páginas liminares.....	21
Suluque II.....	33
La gran farsa.....	41
La eliminación.....	51
El caporalismo.....	75
Los honorables.....	85
Los pastores y el rebaño.....	95
Comer y callar.....	107
<i>La Protesta</i> .....	119
Nuestras revoluciones.....	131
Cáceres.....	139
La buena revolución.....	147
El núcleo purulento.....	157
El tiranicidio.....	173
La elección de don José Pardo.....	181
Apéndices .....	191

## PRÓLOGO

El 4 de Febrero de 1914, una rebelión de cuartel encabezada por el coronel Oscar Benavides derrocó al Presidente del Perú, don Guillermo Billinghurst. Una Junta, presidida por el militar revolucionario, gobernó el país durante cien días, y el 15 de Mayo, un golpe de estado de la minoría del Congreso en complicidad con la Junta confirió al mismo coronel Benavides la Presidencia Provisoria de la República. El Partido Civil — nauseabunda paradoja — volvía a posesionarse del gobierno del Perú

instalando a un soldado en la presidencia.

Enfrentándose entonces al régimen abominable, Manuel González Prada publicó el 6 de Junio un periódico, *La Lucha*, en cuyo editorial y bajo su firma, se leía lo siguiente :

*El nombre de esta publicación nos exige del programa.*

*Venimos a luchar por los derechos del ciudadano contra las iniquidades de la soldadesca, por los fueros del racional contra las embestidas del bruto.*

*Entre los orangutanes pueden reinar el estacazo y el mordisco, entre los salvajes se concibe la trampa y la flecha; entre los hombres civilizados no cabe más imperio que el de la razón y la justicia.*

*Invocar esa razón y esa justicia, encararse a los tiranuelos de ópera bufa, valerse de todos los medios posibles para lavar la ignominia*



*de un régimen africano, es hoy el deber ineludible de los que no han perdido la dignidad ni la vergüenza.*

*A los noventa años de independencia, no se debe admitir el reinado de un segundo Behanzín o de un nuevo Suluque.*

No apareció el segundo número de *La Lucha...* El coronel Benavides, procediendo como lo explica uno de los artículos de este libro (1), impidió a González Prada continuar utilizando los servicios de la única imprenta de Lima amparada por inmunidad de extranjería (2).

Del 15 de Mayo de 1914 al 15 de Setiembre de 1915 — fecha en que don José Pardo asumió la Presidencia — vivió el Perú *bajo el oprobio* de la tiranía militar del coronel

(1) *La Protesta*, página 119.

(2) Véase el Apéndice II, página 198.

Benavides. Sin tribuna de donde elevar su voz ni periódico para difundir su palabra, González Prada sintió, sin embargo, la urgencia irresistible de volcar su protesta de hombre libre, y así nació este libro, libro de alivio mental, en cuyas páginas vació el escritor amordazado toda su ira y todo su desprecio. A más de la satisfacción inmediata e íntima de fijar en el papel su pensamiento ¿abrigó la esperanza de que algún día — muda para siempre la boca, pero sólo adormecida la voz — resonaran en los oídos de la Nación los ecos de su palabra? Hace quince años que la muerte ha silenciado al hombre, pero del manuscrito largo tiempo inédito salta hoy la voz viva, clara, certera y acusadora. El deber filial nos ha inducido a publicar estas páginas; mas, por encima de todo, el deber patriótico, porque esta voz de ultratumba, esta voz que acude de más

allá de la muerte para volver a « marcar la frente de los culpables con un sello de indeleble ignominia », cobra en estos momentos una actualidad fresca y desconcertante.

Sufre hoy el Perú el mismo oprobio de 1914 y 1915. Nada ha cambiado, excepto los guarismos del calendario. La misma taifa híbrida de soldadesca y Civilismo tiraniza el país, los mismos parásitos se ceban con la misma voracidad en los mismos infortunios de la Patria y hasta el mismo individuo ¡ el mismo Oscar Benavides ! acaba de encaramarse a la Presidencia sobre el cadáver tibio de un tirano asesinado.

Con las insignias del mando, hereda el general Benavides del general Sánchez Cerro métodos y consignas : los métodos de bota y sable aprendidos en los galpones militares y las consignas emanadas de la perfidia de los asesores civilistas. No reclama bene-

ficio de inventario el nuevo tiranuelo, porque encuentra al país en las condiciones apetecidas : ahogadas las garantías constitucionales por una bárbara *ley de emergencia*; muertas las libertades públicas; desterrados los miembros de la minoría parlamentaria; suspendidas las actividades de los partidos de oposición; clausurados los periódicos independientes, y en exilio o prisión sus redactores; cerradas las universidades; hacinados en las cárceles, confinados en las islas y reclusos en los campos de concentración de las selvas trasandinas — sin enjuiciamiento — millares de hombres por delitos de opinión política. Y como si no fuera suficiente este profundo desquiciamiento de la Patria, ni estuviese colmado el máximo de todas las ferocidades y todas las infamias, ni bastara la sangre vertida en las torturas de las mazmorras, en los fusilamientos de los

consejos militares, en los asesinatos sin proceso y en las masacres injustificadas, el Civilismo no vacila en provocar conflictos internacionales y precipitar al país al borde de la guerra.

Estas páginas nos enseñan una triste y desconsoladora verdad : el estancamiento moral del Perú. Escritas en 1914, parecen escritas hoy. En veinte años no hemos avanzado un solo paso en cultura cívica y amor a la libertad : el oprobio de hoy es el oprobio de ayer. ¿Habremos de resignarnos a la inmutabilidad de nuestra miseria ?

¡ Desdichado país el Perú, donde la voz desesperanzada de un hombre muerto hace quince años puede continuar conservando todavía tan prodigiosa oportunidad !

Alfredo GONZÁLEZ PRADA.

*París, Mayo de 1933.*



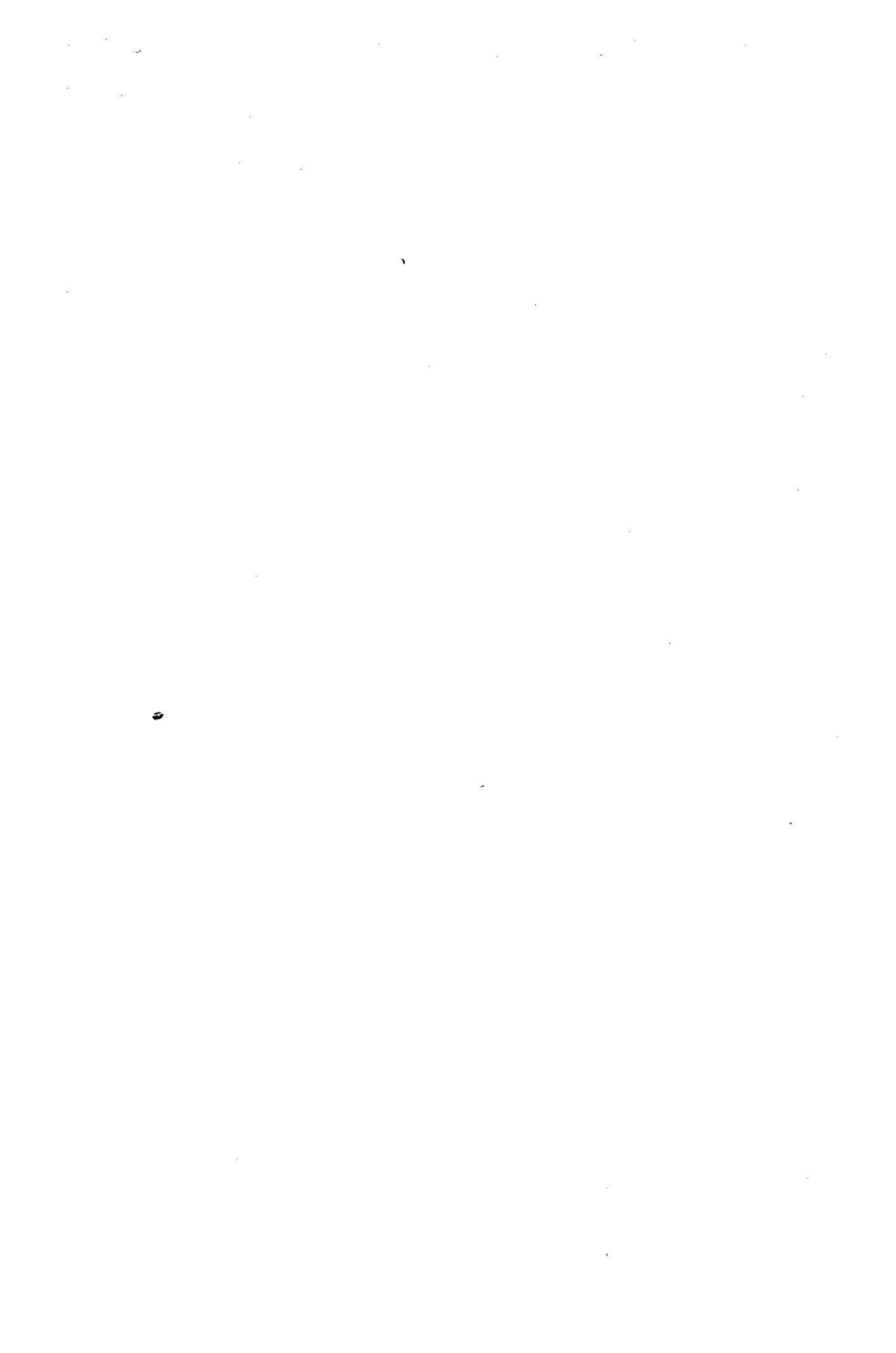
« Je dis toujours la même chose parce que c'est toujours la même chose, et, tant que ce sera la même chose, je dirai la même chose. »

*Don Juan* de MOLIERE.





## **DOS PALABRAS**



J'appelle un chat un chat et Sou-  
louque un cochon.

(Variante de BOILEAU).

Los asustadizos con la verdad estampada en términos crudos suelen ser unos hipócritas, unos imbéciles o unos bribones, cuando no son las tres cosas.

Cada lugar y cada situación requieren su lenguaje. En el salón no se habla como en la calle ni en las horas de calma y normalidad como en vísperas de las grandes conmociones populares. Hay momentos en que la palabra, incisiva y candente, debe preludiar la acción purificadora y rápida.

Mereceríamos una cencerrada, si saliéramos hoy con los eufemismos del futre que dice las *damas* por decir las señoras y arquea el espinazo para besar las manos de las viejas.

Cuando un marrano deja el chiquero y viene a revolcarse en las alfombras de un estrado, no se le pronuncia un discurso ni se le repite las reglas de urbanidad formuladas por Carreño : se coge un buen zurriago y se le aplica las metáforas de una elocuencia flagelante.

## **PÁGINAS LIMINARES**



Para un cuartelazo, basta un quídam con sable y osadía; para una revolución, se requiere algo más. Sólo el limpio de infidencias y prevaricaciones ofrece garantías de operar una transformación social o un simple saneamiento político. Para desinfectar se necesita hallarse desinfectado, que no inspira mucha confianza el cirujano de uñas negras. A quien surja, pues, con ínfulas de regenerador no le pidamos la formulación de un programa, sino la exhibición de sus manos.

Conviene averiguar cómo han vivido los que de repente asaltan los puestos más encumbrados para arrogarse el derecho de

gobernar y hasta de oprimir a las naciones, pues de un estafador no sale un administrador immaculado de la hacienda pública ni de un leguleyo desleal y pérfido un magistrado fidedigno y probo. Sin embargo, hay quienes juzgan inconveniente la averiguación. Piensan que hacer el mal no es tan malo como decir que se ha practicado : los censores resultan más justiciables que los delincuentes.

Ignoramos si ejercieron profesión de santos los inventores de la ley que prohíbe llamar ladrón al ladrón y asesino al asesino, aunque sentencias judiciales prueben el robo y el asesinato. Hay que dejar al delincuente en el goce de su reputación y fama. Los hombres de bien parecen confabulados para favorecer a los criminales y bribones : les otorgan el beneficio del silencio. Si un juez prevarica; si un hombre público medra con



las fragilidades de su mujer; si un diputado se acuesta opositor y amanece palaciego; si un ministro despabila los fondos secretos de su ramo; si un pobre de solemnidad, a los pocos días de asumir un cargo, redime las deudas propias y las ajenas, compra fincas y vive como un lord inglés; si un coronel fragua el asesinato alevoso de un general; si un prefecto fusila sin misericordia a unos soldados por el solo delito de reclamar sus haberes para no morir de hambre ¡silencio absoluto! El buen ciudadano tiene oídos para oír y ojos para ver, mas no tiene boca para hablar. ¿Acertaría Zola al decir que el peor canalla era el hombre honrado? No cabe duda que en la pusilanimidad de las gentes honradas estriba la fuerza de los pícaros; los buenos merecerían llamarse encubridores y hasta cómplices de los malos. Si al culpable le señalaran todos con el dedo,

si en torno de su persona crearan un cordón sanitario ¿no disminuiría el número de los damnificados? Al saber que un perro está hidrófobo, nos precavemos.

Menos hipócritas que nosotros, los antiguos no separaban al hombre público del hombre privado y observaban el aforismo de «a mal individuo, mal ciudadano». Sin respetar nada, lo decían todo, que su organismo sano y vigoroso reclamaba el alimento de la verdad. Tampoco dirigían madrigales al adversario aborrecido ni pretendían curar la gangrena con agua de rosas. Cuando en el ágora o en el foro atacaban a un hombre, escudriñaban todos los vericuetos de su vida, y así le trataban de funcionario inepto, venal, despótico y depredador, como de mal hijo, mal esposo, mal padre o mal amigo. No admitían al personaje dual o fusión de Monipodio y Cincinato. Implícitamente reco-

nocían que una vida no merece respeto si carece de unidad, si los actos contradicen a las palabras. Sin eufemismos académicos, reticencias abogadiles ni pudicicias virginalescas, llamaban pillete al pillete, cobarde al cobarde, traidor al traidor y asesino al asesino. Nadie se escandalizaba, todos aplaudían.

Hoy mismo, los que protestan de ver a un perjuero y a un tráfuga exhibidos al desnudo en la picota de algún diario se deleitan al leer las implacables diatribas de Cicerón y Demóstenes. Más aún : se regocijan con Aristófanes cuando empieza por insultar a los demagogos de Atenas y termina por escarnecer al más grande quizá de los hombres porque no incurrió en la insensatez de llamarse Dios ni enviado del cielo para redimir a la Tierra.

Aleccionados con el ejemplo, no sólo de

la Antigüedad sino de los pueblos donde existe verdadera libertad de imprenta y la gazmoñería va desapareciendo de las costumbres, disequemos al hombre público, de los pies a la cabeza, desde la epidermis hasta el hueso, sin arredrarnos ante jerarquías políticas y sociales. A mayor altura del individuo, más derecho y más razón para criticarle. Al que se yergue sobre los demás para constituirse en amo, se le debe analizar con mayor minuciosidad : si es grajo con las plumas del pavo real, se le desnuda.

Los peruanos olvidan que la dignidad se funda en el desdén a los gobernantes, que la obediencia implica atavismos de servidumbre y que nada envilece tanto al individuo como el respeto al uniforme, quiere decir, al penacho, al galón, al espadín, al bonete, al cintajo. Hay personajes de cabeza y pecho vacíos, que son un sable y un sombrero de

picos, un frac y una medalla, o una capa pluvial y una mitra; y sin embargo, todos les hacen genuflexiones, les rinden homenaje y hasta les elevan a la condición de fetiches. En el Perú subsiste una veneración patológica al Poder Legislativo y al Poder Judicial ¡ como si los Tribunales de Justicia no fueran areópagos donde faltan los Arístides y como si los Parlamentos no se redujeran a covachas de politicantes formados en la escuela de Roberto Macaire ! Hay que ver no sólo en parlamentarios y jueces sino en todas las autoridades, a servidores del pueblo, a domésticos de mayor o menor cuantía con librea más o menos emperifollada. Negar o restringir el derecho de censura equivale a imponernos la obligación de pagar la servidumbre negándonos la facultad de reprenderla.

Bajo gobiernos abusivos, los escritores

de la oposición honrada ejercen una policía moral. Sin ellos, tendríamos un San Vicente de Paul en Ginesillo de Pasamonte y veríamos una Arcadia del siglo XX en la república gobernada por un antropoide cuaternario. Los golpes del adversario, por violentos que parezcan a los timoratos, sirven de correctivo a los panegíricos de los aduladores. No se recurre al plumífero venal para conocer al mandatario de un pueblo. Nadie acepta el evangelio de los apóstoles que divinizan al dador de la pitanza ni escucha el himno de los Apolos que se remontan al Olimpo, beben el néctar de los Dioses y en seguida vuelven a la Tierra para mendruguear en el Tesoro público.

Hablemos, pues, sin hipocresías de gazmoño ni temores de vasallo, pero con verdad y justicia. Primero que nada, seamos justos, no con esa falsa justicia o especie de unguento

aplicado lo mismo a la piel de los buenos que a la de los malos, sino con la verdadera justicia que sirve de escudo para defender la cabeza de los buenos y de hierro encendido para marcar la frente de los malos.





## **SULUQUE II**



« Soulouque, negro de Haití, se proclamó en 1849 emperador con el nombre de Faustino I y fué derrocado en 1859. Durante mucho tiempo se hizo célebre por la tontería, la vanidad y la crueldad. »

*Petit Larousse Illustré.*

El *Larousse* no dice que Faustino I dejó un hijo póstumo ni que el hijo siguió la profesión de las armas llegando a coronel.

Ese coronel acaba de dar un golpe de estado y proclamarse emperador con el nombre, no de Faustino II como parecía natural, sino con el de Suluque II, variando la ortografía de su apellido.

Como Suluque II ha llevado la vida

oscura de las guarniciones y casi nadie le conoce, algunos se preguntan hoy :

¿ Qué es ?

Para unos, Suluque II es una especie de nebulosa que no se ha resuelto, aunque ya parece diseñar la forma de uña; para otros, un feto que no ha perdido aún el cordón umbilical y sigue nutriéndose con los jugos bloquistas; para otros, un muñeco forano que tiene por cabeza una olla tiznada y grasienta donde zumban algunos moscardones; para otros, un advenedizo de vocación errada, porque habiendo nacido para arranchar bolsas y merodear en caminos reales, se mete a personaje de gran figuración política, imaginándose que regir un estado significa tanto como estafar a mujeres, desvalijar a caminantes y abrir cofres de hierro.

Se ha dicho que los hombres nos pare-

ceмос a ciertos animales, ya por los instintos, ya por la fisonomía. Puede que Suluque guarde algún parecido con la urraca y el tigre; pero recuerda especialmente a la comadreja y al buho. A la comadreja, por llevar consigo una lechigada de marsupiales llamados a succionar la leche del Tesoro público. Al buho, tanto por los ojos cuanto por lo noctámbulo : firma decretos a las dos de la mañana y en altas horas de la noche celebra consejos de ministros.

Braquicéfalo, estrábico, asimétrico y lisiado de un tic gambal, ofrece muchos estigmas del degenerado impulsivo y criminal. Pertenece a Lombroso. Llevando dinero en el bolsillo, nadie se creería muy seguro al atravesar con él un bosque; sin embargo, en las ciudades y no lejos del *policeman*, infunde confianza por el aire *avenant* de esos caballeros a quienes el recién llegado

les dice : « ¿Tendría usted la amabilidad de llevarme a una casa de señoritas? » Por la raleza nativa de la barba y la calvicie prematura, Suluque denunciaría indigencia orgánica, si no supiéramos que las greñas volaron en los combates con la Venus de a cinco francos la guerrilla.

Suluque no inventó la pólvora; mas tal vez descubra el modo de freír la nieve. No es un analfabeto, aunque lo parezca. Sabe leer y escribir. Sabe contar, no ignorando que 250 libras mensuales suman 2.500 soles al mes. Sabe distinguir el ajeno del brandy, el cognac del vermouth y el cañazo del mosto verde. Sabe también mandar un pelotón de soldados y hasta guiarle a la victoria, si va sostenido por buques de guerra y, sobre todo, si el enemigo es numéricamente inferior, cuenta menos sanos que enfermos y guarda más píldoras de quinina que cápsulas

de rifle. A falta de valor, le sobran crueldad y ningún respeto a la vida ajena. La consigna del Partido Civil fué negociar; la del Demócrata, mentir; la del Constitucional, romper la Constitución; la del Liberal, servir de rabo; la de la Unión Nacional, desunirse; la consigna de Suluque es matar.

Suluque no posee la elocuencia monosilábica del buey ni la verbosidad incoercible del sacamuelas: dice « mis presillas », « mis charreteras », « mi kepí », « mis entorchados », « mi espada », « mis botas », etc., y hasta pronuncia discursos cortados en un padrón sui géneris: « El coronel Suluque no manchará sus galones con una felonía »; « El coronel Suluque será fiel a su honor de militar »; « El coronel Suluque mantendrá el orden con toda energía y por todos los medios », etc., etc.

En resumen:

¿De dónde viene Suluque? de dónde vienen el roedor de la bubónica y el zancudo de la fiebre amarilla.

¿Dónde va Suluque? probablemente donde fueron los Gutiérrez.



# LA GRAN FARSA



Cuando en las naciones civilizadas repercutió un grito de espanto a causa de las atrocidades cometidas por los caucheros del Putumayo, nuestros inefables conciudadanos respondieron con una exclamación de sorpresa indignada, como si a un rebaño de corderos se le hubiese imputado la degollación de sus pastores y como si las depredaciones, las torturas y los asesinatos hubieran sido crímenes nunca vistos en la historia nacional.

Más o menos, todo el Perú es Putumayo, y las selvas amazónicas empiezan hoy no muy lejos de la plaza mayor de Lima : si

no vemos pumas ni boas, nos rozamos con bípedos iguales al boa y al puma. ¿Son ovejas los que asesinan a generales dormidos, los que abalean a diputados y senadores, los que ordenan la carnicería del Napo?

Antes de negar hechos innegables, conviene evitar recidivas. En oposición a los brutos sedientos de sangre y exterminio, cumple a los hombres civilizados introducir en las luchas políticas un elemento de conmiseración y bondad para no seguir proveyendo de víctimas inocentes al circo romano en que vivimos desde la Independencia. Hay que ahorrar las muertes, los dolores y las ruinas. Hay que ser hombres algún día, ya que bastantes años hemos sido fieras. No porque deliberadamente condenemos las revoluciones y profesemos el absurdo principio burgués de « ¡ Guerra a la guerra civil ! » Por el contrario, vemos hoy en la revolución el

único medio de mejorar la suerte del Perú : la Nación necesita sacudirse del parásito militar.

Los que merced a un golpe de mano (concebido por otros) se adueñaron del poder y recurrieron a todo género de fechorías para conservarle, no dejarán voluntariamente la presa : fácilmente la cogieron, difícilmente la soltarán. Habiendo saboreado las delicias del poder arbitrario, sueñan con eternizarle. Y merecen disculpa, dada la sicología unilateral y prehistórica de los soldados profesionales. Hoy todos sobrellevan en el Perú los efectos de la crisis mundial, todos padecen, menos los militares. Mientras los huérfanos, las viudas y los pobres diablos envejecidos en el servicio de la Nación claman inútilmente a las puertas de la Caja fiscal, nuestros *cides campeadores* no sufren el menor retraso en el abono de sus quincenas y hasta

disfrutan la granjería de los extraordinarios. ¿Desean viajar? obtienen un viático regio. ¿Quieren casarse? reciben una buena dote. Son nuestros mayorazgos, y no pretenden canonjías ni obispados porque tienen cosa mejor. Hay que verles ¡ cómo truenan en los cafés y cómo van por esas calles! ¡ Cómo hacen resonar los tacones de sus botas! ¡ Cómo arrastran por las aceras los sables! Al verles tan llenos de sí, tan orondos, tan crecidos, tan soberbios, cualquiera se imaginaría que regresan de haber conquistado Chile.

Han realizado proeza igual o superior a la conquista de la capital chilena : derrocaron a Billinghamurst, son los héroes del 4 de Febrero. Leonidas en las Termópilas, Horacio Cocles en el Tíber, Suero de Quiñones en el puente de Orbigo, Napoleón en Arcola y Bolívar en Junín se empequeñecen ante cada uno de los bravos que durante hora y

media, o quizá dos horas, fulminaron descargas cerradas contra un edificio de puerta franca y guarnecido por defensores resueltos a no defenderse. Para citar hazaña parecida necesitaríamos remontarnos a la brava y descomunal batalla de don Quijote con unos cueros de vino tinto.

Al heroísmo en el combate responde la magnanimidad en la victoria. Billingham es tratado el 4 de Febrero como lo fué Leguía el 29 de Mayo. Voces aguardentosas le enlodan de improperios; manos, vírgenes de acciones viriles, le amenazan con revólveres. Careciendo de valor para quitarle la vida, le imponen una renuncia innecesaria y absurda. Llevado a Chorrillos y embarcado, desembarcado y traído a Lima, sacado de Lima y conducido al Callao para ser nuevamente embarcado, Billingham cumple su odisea bochornosa en medio de insultos

groseros, interjecciones tabernarias, cuchufletas soeces, y no sabemos si algo peor. Sus muebles, sus libros, los objetos de uso personal constituyen botín de guerra y van a manos de los vencedores. Su domicilio sufre el ataque de seides y genízaros. Su esposa y sus hijos tienen que ponerse en salvo para evitar vejámenes de los esbirros. Quien más beneficios recibió mayores injurias le infiere. Sus partidarios, sus consejeros y sus amigos le abandonan y le reniegan. Las multitudes mismas, esas multitudes que tanto le debieron, permanecen impasibles, manifestando que el pueblo de Lima sabe amar con el vientre, mas no con el corazón.

Canada la guarnición de la capital, inclusive la guardia misma de Palacio y casi toda la gendarmería, pudo efectuarse el movimiento sin quemar una sola cápsula ni sacrificar un solo hombre. Pero había que



desplegar fuerza y simular una lucha encarnizada : se temía la acción del pueblo adicto a Billinghamurst y se quería ganar méritos para futuros ascensos. El 4 de Febrero fué una gran farsa, tan burda como sangrienta. Hombres de buena voluntad fraguaron una revolución, pretorianos la convirtieron en cuartelazo.

También la ennegrecieron con un crimen, nacido del miedo. El *golpe* habría fallado tal vez si no le hubiera precedido la eliminación del Ministro de Guerra : gozaba de prestigio en el ejército, era pundonoroso, valiente y capaz de contener el movimiento revolucionario. Pudieron atarle y encerrarle bajo centinela de vista, mas no lo intentaron. Sin valor para embestirle de frente, los asesinos le mataron dormido (1).

Que la muerte del general Varela impli-

(1) Véase el Apéndice I, página 193. (*Nota del editor.*)

caba la eliminación del único estorbo serio para el buen éxito de la revolución o del cuartelazo, lo deja inferir un hecho : durante largo tiempo, los batallones sublevados permanecieron inactivos en la plaza de la Exposición y no marcharon hacia la plaza mayor hasta que emisarios de Santa Catalina vinieron a comunicar la muerte del Ministro.

Si a las gentes dijéramos que nos señalaran al verdadero asesino del general Varela, ya sabemos hacia dónde se dirigirían todas las manos.

## **LA ELIMINACIÓN**



## I

El Congreso de 1912 elige Presidente de la República a don Guillermo Billinghurst y Primer Vicepresidente a don Roberto Leguía. Aunque no hubo sino apariencia de elecciones (turbas maleantes habían impedido el acceso de los electores a las mesas receptoras de sufragios) el país se conforma con la seudo elección fraguada en el Parlamento, hasta la recibe con aplauso como si ella significara el reconocimiento de un plebiscito. Alzado en hombros de la masa popular, grato a la mayoría de los

partidos, Billinghamurst viene como un salvador. Todo le sonríe, y parece que la fortuna se hubiera desposado con él.

Para colmo de felicidad, había tenido por adversario a don Antero Asp llaga, ex ministro de hacienda, c ebre a causa de su participación en un negociado fiscal donde no faltaron los enjuagues ni los gatuperios. Simbolizaba el billete desmonetizado y sin valor, el ataque del gobierno a la riqueza del individuo, el encarecimiento de la vida, en fin, el hambre. Para dar una representación gráfica de lo que ofrecían al pueblo ambos candidatos, los granujas de Lima paseaban dos panes enarbolados en largas picas : uno desmesuradamente grande — el pan de Billinghamurst; otro exageradamente chico — el pan de Asp llaga.

Sin embargo, don Antero merece llamarse una buena persona, aunque un tanto rid -

cula por su candorosidad política, su catolicismo rancio, su mansedumbre conyugal y su indumentaria de lechuguino sesentón. Goza de buena fortuna, por ser condómino de una gran hacienda pescada en el río revuelto de la quiebra Zараcondegui. Ni avaro ni pródigo, ha defendido la bolsa como la defienden pobres y ricos; pero al exhibirse de candidato a la presidencia, sufre un acceso de prodigalidad, una diabetes metálica. Segrega soles para fomentar capituleros, clubs, manifestaciones callejeras y diarios milagrosos (milagrosos por salir a luz y quedar invisibles o inéditos). Para los bribones de oficio, el pobre don Antero se vuelve materia prima de explotación facilísima : con sobarle el hombro y anunciarle una elección canónica, le suerben algunas molindas de Cayaltí. Mareado por el zumbido de los tábanos, pierde la sindéresis al

extremo de atribuirse popularidad y tenerse por candidato de la divina Providencia.

Felizmente, al llegar el desengaño, no se descorazona : la esperanza en las dichas celestiales le consuela de las amarguras terrestres. Hoy vive sembrando caña, vendiendo azúcar, frecuentando la Unión Católica y oyendo su misa todos los domingos. Curado tal vez de la ambición política, mas temiendo una recaída, no reza el padrenuestro sin recalcar en el *ne nos inducas in tentationem*.

## II

El 24 de Setiembre asume don Guillermo Billinghurst la presidencia en medio del regocijo nacional. Mas ¡qué pronto las ilusiones empiezan a convertirse en « hojas del árbol caídas » ! Gentes que el 25 habían



amanecido con la esperanza de recoger la lluvia de panes sufren un desengaño enorme al abrir su diario matutino y recorrer la nómina del ministerio formado para iniciar nuestra regeneración política.

Figuraba como jefe del gabinete don Elías Malpartida, ex ministro no sabemos si de Iglesias, de Cáceres, de Piérola, de Romaña o de los cuatro. Las virtudes y los vicios del mandatario no influyen jamás en don Elías para inducirle a ser o no su ministro : acepta el cargo para disfrutar del sueldo porque no profesa más doctrina que el amor a la sancta pecunia.

Veámosle : pegado a unas barbas de sal y pimienta, se anda por esas calles, muy orondo y satisfecho, con aire de profeta que hubiera ganado el premio gordo de la lotería. Si en presencia de don Antero pensamos : « *Voilà un bourgeois cossu* », ante

don Elías murmuramos : « Aquí tenemos un mayordomo enfardelado en el terno de su patrón. » De inteligencia mediocre, de instrucción misérrima y arcaica, de iniciativa nula, de egoísmo congelador, se distingue por la *bosse* o protuberancia de la adquisibilidad y por el excesivo desarrollo de los órganos prensiles. Sensibilidad ninguna : su corazón se reduce al compartimiento de una caja de hierro. Aunque desciende en línea recta de los autóctonos peruanos, lleva sangre de Harpagón, del Gran Tacaño y de Grandet. Sería Shylock si algún necesitado quisiera venderle a buen precio una libra de su propia carne.

Miembro del Partido Liberal, se alejó de sus correligionarios al tratarse de una erogación para fomentar la propaganda, no admitiendo que liberalismo teórico se tradujera por liberalidad práctica.

« Solamente un dar le agrada  
Que es el dar en no dar nada »;

así que antes de sudar un centavo sufriría las saetas de San Sebastián y la parrilla de San Lorenzo. No hay memoria de que le hayan visto alhajar a una mujer, garantir a un amigo ni socorrer a un menesteroso.

Hoy pertenece al Partido Progresista, nueva agrupación filarmónico-política, si hemos de juzgarla por el tantam chinesco de su programa y que en la galería nacional de cuadros churriguerescos figurará como *pendant* del Partido Nacional Democrático. El ex ministro de Billinghamurst seguirá de progresista mientras no le llamen a un ministerio ni llegue la hora fatídica de las erogaciones. El « ¿ En cuánto se suscribe usted, don Elías ? » equivale para don Elías al « ¡ Apaga y vámonos ! »

Al organizar Billinghamurst su primer minis-

terio, no busca hombres de ideas propias, enérgicos, aptos para colaborar en una reforma gubernativa : elige individuos sin voluntad, maleables, resignados al papel de secretarios o firmantes en barbecho. Fiado en su capacidad, en su conocimiento del país y en su fuerza de resistencia para el trabajo, monopoliza el ejercicio de la administración pública. Conociendo a sus ministros, habiéndoles tomado para simples servidores, no les acepta de consejeros. Les niega hasta el derecho de nombrar un empleado subalterno : él solo piensa, él solo quiere, él solo manda. Billinghamst manifestó siempre un ofensivo desdén hacia nuestros hombres públicos : les tasaba en su justo valor.

Según tradición nacional, todo nuevo presidente se vuelve enemigo de su antecesor, aunque le deba la presidencia. Billinghamst no rompe la tradición. Debe el triunfo a la

tolerancia de Leguía, y no tarda en abrir las hostilidades contra los dos hermanos, impidiendo que las Cámaras juramenten al uno y aprobando que chusmas encabezadas por agentes de policía ataquen el domicilio del otro. ¿Por qué guerra tan intempestiva y ensañada ? Billinghamurst cede a la influencia del bloque civilista.

Ese grupo de ambiciosos acepta la legalidad del Presidente y rechaza la del Vicepresidente. Caso del padre que habiendo engendrado gemelos, reconoce al uno y repudia al otro. ¿Por qué el repudio de Roberto Leguía ? sencillamente por el nombre : hermano del ex presidente, surge como una amenaza. Condenar a un hombre por actos ajenos no cabe sino en corazones maleados por el virus de la política. ¿Desde qué fecha, en virtud de qué leyes naturales, un hermano reproduce fielmente a su her-

mano? Del mismo vientre salen un pelirrubio y un pelinegro, un genio y un idiota, un criminal y un santo.

### III

Mas, suponiendo que los dos hermanos fueran perfectamente iguales en ideas y sentimientos, conviene preguntar : ¿de qué lepra moral adolece don Augusto B. Leguía? ¿Qué horrendos crímenes ha perpetrado? No tiene un Santa Catalina. El 29 de Mayo, cuando había logrado coger a los cabecillas y pudo ejecutarles a puerta cerrada (según el procedimiento Morales Bermúdez) o matarles dormidos (conforme al sistema Benavides) procedió con esa magnanimidad que no conocieron todos nuestros mandones y parecía enterrada en el mausoleo del buen Castilla.

Cierto, no hizo bien al mantener en prisión interminable a los comparsas del movimiento revolucionario, al imponer candidaturas oficiales para la renovación del tercio parlamentario, al permitir el asalto de las imprentas, al ahogar en sangre la huelga de Chicama ni al disponer la expedición del Caquetá. Esa razzia o correría — tan aleposa como inútil — nos produjo dos males : servir de timbre glorioso a un militarzuelo sin valor ni honradez y acabar de enagenarnos el afecto de Colombia. Pero las faltas de don Augusto B. Leguía quedan redimidas por su actitud frente a Chile y su guerra al Civilismo (1).

Prueba que la facción civilista carece de fuerza real, que sus hombres no merecen

(1) Conviene recordar que este artículo fué escrito en 1914 y que su autor murió en Julio de 1918, es decir, un año antes de la revolución del 4 de Julio de 1919, que llevó a Leguía por segunda vez a la Presidencia. (*Nota del editor.*)

figurar como indispensables colaboradores de todo gobierno, que se puede gobernar no sólo sin ellos sino contra ellos. Merced a Leguía, el Civilismo dejó de ser madera de construcción para convertirse en palo fofo y carcomido, sólo bueno para ir al fuego.

Y no sólo consume el desprestigio de las facciones civilistas : prueba que las demás agrupaciones no constituyen fuerzas capaces de resistir a la voluntad de un gobernante enérgico y decidido, que la vocinglería casi unánime de la prensa no sirve de oráculo a la opinión pública, en resumen, que sin apelar al canibalismo de un Rosas o de un Melgarejo, puede un hombre gobernar tranquilamente, aunque no disponga de facciones disciplinadas ni de reptiles domesticados. Ya nadie sostendrá que diarios y partidos son fuerza real en el Perú.



No se concibe oposición tan mezquina y tan odiosa como la declarada por los diarios a Leguía : no hay dicerio que no le prodiguen, latrocinio que no le imputen ni maldad que no le acumulen. Para ver algo parecido se necesita remontarse a los días en que *La Sociedad*, *La Patria*, *El Cascabel* y demás periódicos demócratas se arrojaban contra Manuel Pardo, no sólo para escupirle y enfangarle, sino para clamar por su *ejecución* como requisito indispensable al triunfo de la *causa*.

Industria malsana, ejercida muchas veces por los *ratés* o fracasados de las profesiones liberales, del comercio, de los oficios serviles y hasta de las ocupaciones inconfesables, el periodismo limeño produce lo que debe producir. Su fuerza magna reside en los editoriales kilométricos, en esos amenazadores artículos de fondo escritos por Sancho

Panza en colaboración de Loyola y Bertoldino. Ahí campean la sintaxis vizcaína, las frases gerundianas, los períodos quiijotunos, los clisés antidiluvianos, los chistes de almanaque y los desahogos estercolarios. No pudiendo subsistir del favor público, el periódico vegeta, merced a subvenciones del Gobierno, de los bancos, de la Casa Grace, de la Peruvian, del Muelle Dársena, de la Recaudadora, de las Empresas Eléctricas Asociadas, etc., etc., etc. Se vendió a los consignatarios del huano, se vende a Dreyfus, se vendió a Meiggs, se vende a Donoughmore. Se beneficia con el *chantage*, y practica la delación por el texto y por la imagen. También hace de policía secreta y agente provocador. De tiempo, sale moralizando con la austeridad de un santo padre y compite con el beodo recomendando la temperancia, con la hetaira predicando la honestidad, con

el *pickpocket* estatuyendo la inviolabilidad de los bolsillos. Hombres consagrados a esa industria, por más talento y dignidad que posean, concluyen por vulgarizarse, prostituirse y encanallarse. ¿Dónde el individuo que a los pocos años de ejercer el periodismo se haya conservado independiente, incólume y digno de la estimación pública ?

Se comprende que al mermar Leguía el « fondo de los reptiles » exacerbara la cólera de los periódicos amarillos. ¿Quién ignora los efectos causados por la deflagración de semejante explosivo ? Un foliculario herido en sus intereses resulta más temible que una víbora pisada, que un bulldog atacado de hidrofobia. El barón normando velaba desde su castillo roquero, aguardando la oportunidad de coger la presa; el salteador acechaba desde su escondrijo esperando la ocasión de embestir al cami-

nante para exigirle la bolsa o la vida. Barones no existen ya, salteadores van desapareciendo; mas abundan hombres parapetados en su mesa de redacción y armados de su rotativa. Al bravo de puñal ha sustituido el bravo de pluma : el uno asesinaba por unos cuantos florines, el otro miente, calumnia y deshonra por unas cuantas libras esterlinas.

Los pueblos proceden con sus mandatarios y sus grandes hombres como el negro de Africa se maneja con su fetiche : hoy le adora, mañana le golpea y hasta le destroza. Aquí, los presidentes (incluyendo al grisgrís o manitú demócrata) bajaron de la silla en medio del anatema nacional, sin amigos y completamente desopinados : de la mayor gloria cayeron a vegetar en las intrigas subterráneas, bregando por el rehacimiento de su virginidad política. Vivanco

y Echenique no pudieron rehacerla, Prado y Cáceres la rehicieron una vez, Piérola la rehizo dos veces; pero no habiendo logrado reconquistar la presidencia, murió virgen y mártir. Con don Augusto B. Leguía sucedió lo contrario : si al instalarse en el poder no contaba con muchas adhesiones, por creérsele una imposición o hechura de don José Pardo, al dejar la silla presidencial gozaba de respeto, consideración y simpatía generales. Su entereza el 29 de Mayo... (1).

#### IV

Para justificar la oposición a don Roberto Leguía, se renueva el cargo de siempre contra los individuos sin malos antecedentes políticos ni vinculaciones con alguna de las camarillas reinantes : « carece de versación en la

(1) Inconcluso en el manuscrito. (*Nota del editor.*)

cosa pública, no es un hombre preparado ». Entonces ¿ por qué le eligieron Vicepresidente ? ¿ Por qué no alzaron oportunamente la voz para excluirle ? ¿ Por qué los mismos que le consagraron ayer en el Parlamento se confabulan hoy para denigrarle y escarnerle ?

« Los hombres preparados, la versación en la cosa pública », frases inventadas por los intrigantes de oficio y repetidas a diario por la ridículamente llamada prensa seria. El Perú saborea los beneficios legados por nuestros dirigentes, por esas maravillas de versación y preparación. Díganlo el huano y el salitre, la finanza y el crédito nacionales, la humanidad y la cultura, la honradez administrativa y la instrucción pública. Si algo bueno existe en el país, no se debe a la acción de los políticos.

Acusar, pues, a un individuo de no estar *preparado* y de haber tenido poca o ninguna ingerencia en la administración pública, equivale a expedirle un diploma de honradez. Un ciudadano tiene derecho para jactarse de no haber sido vocal, juez, representante a congreso, ministro, cónsul ni prefecto. La fracción sana, la parte buena de nuestra sociedad vive lejos de la política, desdeñándola y execrándola : hay que empezar a malearse para intervenir en la cosa pública y decidirse a ejercer autoridad. Cuando el hombre pierde su equilibrio moral, rueda por la mala pendiente y sigue rodando hasta caer en un ministerio, una diputación o una prefectura. No faltan excepciones — almas que no se envilecen con la autoridad como el diamante no se mancha en el fango — pero, generalmente, un prefecto, un diputado y un ministro se hallan más cerca de

Ginesillo que de Cincinato. En el Perú se puede sentar el axioma de a mayor altura en el puesto, mayor bajeza en el individuo.

¿Con qué derecho, fundados en qué patente de honorabilidad y omnisciencia, se arrojan ciertos individuos el monopolio de tasadores oficiales para valorizar el mérito de los demás ? ¿ De qué planeta nos ha caído esa nube de infalibles ? ¿ Qué vientres concibieron a esos tipos de linaje sobrehumano ? Los miembros pertenecientes a cierto grupo civilista parecen nacidos de madres nutridas con el *alimento de los dioses*. Nietzsche y Wells les reclaman.

Los preparados y los versados en la cosa pública, los infalibles y los superhombres acaban de ofrecernos una lección digna de quedar eternizada en el bronce y el granito : para satisfacer ambiciones bastardas y eli-



minar a un adversario político, no vacilan en humillar el país bajo la bota de un soldado traidor y rapaz, haciéndonos retroceder a los días más oprobiosos y más negros de nuestra vida republicana. Los Hipócrates y Galenos de la Sociología nacional encuentran en el chafarote la única panacea de nuestros males. Desgraciadamente, la panacea se les torna veneno. Los políticos de envergadura genial buscan un ogro, le azuzan y le lanzan contra Leguía. Naturalmente, el ogro se yergue contra ellos. Algo darían por *gutierrezarle*.

En fin, el Civilismo, el celeberrimo partido histórico, organizado para combatir el entronizamiento de la soldadesca en el poder, ha degenerado hasta metamorfosearse en la cantinera o rabona de un genízaro. Todos los embustes de su *prensa seria*, todas las triquiñuelas de sus rábulas, no alcanzarán a lim-

piarle de mancha tan ignominiosa. Cuando un juez inflexible instaure el juicio del bloque civilista, comenzará por decirle : « Caco ¿ dónde está la bolsa ? » y terminará por demandarle : « Caín ¿ qué has hecho de tu hermano ? »

## **EL CAPORALISMO**



En medio a nuestra bajeza, cada vez más intensiva y más extensiva, se debe recordar que los individuos y las naciones no valen sino por su elevación moral, y que ningún sentimiento levantado puede germinar en pueblos resignados a la imposición de la fuerza y regidos por la doctrina de aceptar los hechos consumados. Donde imperan *faites* cashivos o régulos africanos, sólo caben manadas de siervos embrutecidos.

En el Perú se sufre hoy todo y todo queda sancionado con el transcurso de unos cuantos días : no se requiere años ni meses para que un judas refundido en Gil Blas se trans-

forme en personaje ilustre. Hoy se tiene por cosas normales las prisiones indefinidas, los destierros y los ultrajes a las mujeres; hoy se enmudece ante las ejecuciones sumarias en los ríos y los asesinatos nocturnos en los fuertes; hoy y desde muy arriba se amenaza a los revolucionarios con el escarmiento por medio de las represiones sin cuartel; hoy se repite como habiendo encontrado al fin la panacea de todos nuestros males : « Aquí se necesita un buen tirano. » Esta frase, obligada en boca de muchos infelices, denuncia un estado de alma, equivale al « ¡ Vivan las cadenas ! » lanzado en España por los súbditos de Fernando VII.

Y no sólo el militar o fiera práctica usa la frase a manera de jaculatoria; la emplea también el paisano o fiera teórica; al tigre del jaral corea el tigre de salón. El endiosamiento de la fuerza bruta se comprende

en el militar, en el sér atávico, de mentalidad inferior, observante de la justicia practicada por el oso de las cavernas; no se concibe en médicos, abogados, ingenieros y profesores de universidad, hombres que blasonan de figurar como el exponente de la civilización. Nada preguntaríamos a la fiera práctica sobre los buenos resultados de tiranizar a las naciones, porque sería consultar al tábano sobre la conveniencia de picar a las mulas; pero a la fiera teórica le preguntaríamos qué naciones se ennoblecieron y prosperaron con la tiranía, aunque el tirano se llamara César o Napoleón.

Las tiranías, por mucho que pregonen la honradez y la economía, derrochan el oro en favoritos y pretorianos; las tiranías funcionan en provecho de una clase, de una casta y a veces de una familia, con detrimento de la gran masa popular; las tiranías, después

de un aparente bienestar momentáneo y de una paz letargosa, legan el hambre, las luchas intestinas y las guerras exteriores; las tiranías empequeñecen a todos : a unos con el servilismo poniéndoles la librea del cortesano, a otros con el miedo reduciéndoles a la condición de súbditos resignados y temblorosos; las tiranías, en fin, persiguen el aflojamiento de las voluntades y la emasculación de los cerebros, ahogan toda manifestación libre de la pluma o de la palabra y quieren imponer un largo silencio de tumbas, interrumpido únicamente por el arrastrar del sable. Y esto se pide y se ensalza, al clamar por el advenimiento de *un buen tirano*.

Mas algo peor se pide y se ensalza. No existiendo en el Perú la carne para formar el César o gran tirano clásico, tiene que surgir el tiranuelo de pacotilla, el coronel apache, el rata con charreteras, el troglodita galo-



nado, más bien dicho, el caporal. Siempre que, refiriéndonos a gobernante y gobierno nacionales, digamos tirano y tiranía, entiéndase caporal y caporalismo. No el caporalismo napoleónico ni alemán, sino el sudamericano, consistente en la autocracia de un soldadote burdo y rapaz que con una mano sablea la Constitución y con la otra pega un zarpazo a la Caja fiscal.

El caporalismo significa, pues, la degeneración del militarismo, como si dijéramos una degeneración doble o efectuada en una regresión. Porque el profesional de la muerte, llámese Napoleón o Federico II, no pasa de un regresivo que puede hacernos algún bien aunque seguramente nos causa mucho mal. Cuando el militar nos salva de la injusta agresión extranjera, cumple con su deber y adquiere méritos a la gratitud de sus ciudadanos; pero cuando no se limita a

ejercer su oficio de policía internacional y sirve de sostén a gobiernos ilegales, entonces merece el desprecio y el odio por haberse transformado en arma ciega del caporal. Más odio infunde y más desprecio, cuando, asociándose al krumiro, al policiaco y al patrón, soluciona las huelgas con el medio expeditivo de fusilar a los huelguistas.

El gusto a caporales y medidas sangrientas no aparece hoy como novedad : tuvo ya sus manifestaciones esporádicas. ¿Qué piel roja de nuestro ejército no soñó con ser un Porfirio Díaz, cuando menos ? Hubo alianza defensiva entre el caporal y el abogado : el caporal caporalizaba, el abogado justificaba las fechorías del sable y de la zarpa. Algunos años ha, un tribuno civilista preconizaba el destierro y la confiscación de bienes, mientras un senador demócrata abogaba por el funcionamiento de la guillotina.

Imaginémonos una confiscación ejecutada por la seudo aristocracia del Partido Civil y una guillotina manejada por la nigrocracia del Partido Demócrata.

¿Hemos gozado de libertades tan amplias que hoy, por curiosidad malsana o sadismo político, deseamos probar el sabor de la tiranía? ¿Nos hemos hastiado ya con nuestra superabundante producción de tipos excelso como Arístides, Cincinato y Marco Aurelio? ¿A cada paso nos vemos con un Washington y un Lincoln? No; pero nuestra sangre padece la nostalgia de la esclavitud. Aquí los rostros piden bofetadas, aquí las posaderas demandan puntapiés. Según los asiáticos, el europeo trasciende a cadáver; ignoramos el olor que chinos y japoneses huelan en nosotros cuando nos husmeen; pero, como el Sol envía luz y la flor despidе fragancia, hoy la carne perulera emite efluvios de

abyección. Nuestra geometría moral no conoce líneas verticales. La horizontal es la posición favorita de las meretrices y de muchísimos peruanos : ellas boca arriba y abrazando al hombre que paga, ellos boca abajo y lamiendo los pies del tiranuelo que arroja la pitanza.

A nada tienen derecho, ni siquiera al desdén piadoso, los que de tal manera traspasan el límite de la servidumbre voluntaria. Gentes con hambre de sufrir *buenos tiranos* se hallan maduras para la conquista : merecen el yugo extranjero, ya que boyunamente claman por el yugo nacional. Quienes toleran caporales, aguantan conquistadores.

Al Perú debemos figurarle por un horizonte negro, muy negro, donde se destaca un sable enrojecido (1).

(1) La publicación de *El Caporalismo* en *La Protesta* de Lima, en Octubre de 1914, motivó la clausura de este periódico por el Gobierno del coronel Benavides. Véase el artículo *La Protesta*, página 119. (*Nota del editor.*)

# LOS HONORABLES



Al atravesar la plazuela de Bolívar (operación que rara vez efectuamos por miedo a los núcleos infecciosos) nos asalta el deseo de coger una brocha, saturarla de alquitrán y escribir en los muros de las dos Cámaras :  
AQUÍ SE NECESITA UN ARGUEDAS.

No logrando satisfacer el buen deseo, nos decimos interiormente :

— ¡Bienaventurados los tiempos en que la muchedumbre se arme de azotes y lance fuera de la ciudad a las dos hordas acantonadas en la plazuela de Bolívar !

¿Qué es un congreso peruano ? la cloaca máxima de Tarquino, el gran colector donde

vienen a reunirse los albañales de toda la República. Hombre entrado ahí, hombre perdido. Antes de mucho, adquiere los estigmas profesionales : de hombre social degenera en gorila politicante. Raros, rarísimos, permanecen sanos e incólumes : seres anacrónicos o inadaptables al medio, actúan en el vacío, y lejos de infundir estima y consideración, sirven de mofa a los histriones de la mayoría palaciega. Las gentes acabarán por reconocer que la techumbre de un parlamento viene demasiado baja para la estatura de un hombre honrado. Hasta el caballo de Calígula rabiaría de ser enrolado en semejante corporación.

¿ Ven ustedes al pobre diablo de recién venido que se aboba con el sombrero de pelo, no cabe en la levita, se asusta con el teléfono, pregunta por los caballos del automóvil y se figura tomar champagne cuando



bebe soda revuelta con jerez falsificado? Pues a los pocos meses de vida parlamentaria se afina tanto y adquiere tales agallas que divide un cabello en cuatro, pasa por el ojo de una aguja y desuella caimanes con las uñas. Ese pobre diablo (lo mismo que sus demás compañeros) realiza un imposible zoológico, se metamorfosea en algo como una sanguijuela que succionara por los dos extremos.

El congresante nacional no es un hombre sino un racimo humano. Poco satisfecho de conseguir para sí judicaturas, vocalías, pleni-potencias, consulados, tesorerías fiscales, prefecturas, etc., demanda lo mismo, y acaso más, para su interminable séquito de parientes sanguíneos y consanguíneos, compadres, ahijados, amigos, correligionarios, convecinos, acreedores, etc. Verdadera calamidad de las oficinas públicas, señaladamente los minis-

terios, el *honorable* asedia, fatiga y encocora a todo el mundo, empezando con el ministro y acabando con el portero. Vence a garrapatas, ladillas, pulgas penetrantes, romadizo crónico y fiebres incurables. Si no pide la destitución de un subprefecto, exige el cambio de alguna institutriz, y si no demanda los medios de asegurar su reelección, mendiga el adelanto de las dietas o el pago de una deuda imaginaria. Donde entra, saca algo. Hay que darle gusto : si de la mayoría, para conservarle; si de la minoría, para ganarle. Dádivas quebrantan peñas, y ¿ cómo no ablandarán a senadores y diputados ?

El representante ingenuo que se disculpaba de haber votado mal por insinuación u orden del Jefe Supremo, dió la nota justa, reveladora de la sicología parlamentaria : diputados y senadores se consideran ellos mismos como parte de la servidumbre pala-

tina. Habiendo, pues, un Ejecutivo, no se necesita un Legislativo. Pudiendo entenderse con el señor, no se trata con los lacayos. Entonces ¿para qué los congresos? ¿Para qué las discusiones de pedantes y fraseólogos que al oírse hablar creen sentirse pensar? ¿Para qué las luchas encarnizadas entre minorías y mayorías? Lo que alguien dijo de los abogados cuadra mejor a los parlamentarios. Gobiernista y opositor figuran las dos hojas de una misma tijera: se embisten con furia, mas no se causan daño. Quien sale cortada es la Nación.

Y sin embargo, esas gentes se gratifican el *honorable* con un tupé inverosímil y una prodigalidad asombrosa. Honorabilidad de honorables, tan evidente como la blancura del tordo, la ligereza de la tortuga, el buen olor del añás.

— «Señor honorable, tiene usted el uso de

la palabra », dice un trujimán de presidente congresil, dirigiéndose al recomendable sujeto que hizo dar o dió un esquinazo, medró con los deslices de una mujer o supo en una tesorería cargar con el santo y la limosna. Uno se pregunta ¿esos individuos hablan seriamente o se burlan de nosotros ?

Billinghamurst fué derrocado ignominiosamente por haber concebido el propósito de celebrar un plebiscito para decidir si convenía la renovación total del Congreso. Sin duda le infundieron náuseas los mismos hombres que trasgrediendo las leyes y cediendo cobardemente a la imposición de las turbas, le habían nombrado Jefe Supremo. ¿Se le tachará de ingrato ? Hay servicios que no engendran agradecimiento ni crean amistad : a ciertos servidores se les tira la moneda, no se les tiende la mano. Al presenciar la degradación de unas Cámaras donde los

hombres mienten como gitanos y se venden como chinos, al verlas saltar de oposicionistas a gobiernistas y caer de rodillas ante un coronelillo de similor para conferirle el generalato en recompensa de haberlas traicionado, pisoteado y abaleado ¿quién no lamenta la caída prematura de Billinghamst? Sus mismos derrocadores se hallan arrepentidos y con gusto desharían su obra : palpan que al hacer la revolución se pusieron contra el desinfectante y a favor de los microbios. El hombre que hoy se levantara en armas, invadiera Lima y barrierá con Legislativo, Ejecutivo y Judicial, merecería una estatua de oro.

Porque en todas las instituciones nacionales y en todos los ramos de la administración pública sucede lo mismo que en el Parlamento : los reverendísimos, los excellentísimos, los ilustrísimos y los useñorías

valen tanto como los *honorables*. Aquí ninguno vive su vida verdadera, que todos hacen su papel en la gran farsa. El sabio no es tal sabio; el rico, tal rico; el héroe, tal héroe; el católico, tal católico, ni el librepensador, tal librepensador. Quizá los hombres no son tales hombres ni las mujeres son tales mujeres. Sin embargo, no faltan personas graves que toman a lo serio las cosas. ¡Tomar a lo serio cosas del Perú!

Esto no es república sino mojiganga.

# **LOS PASTORES Y EL REBAÑO**





La mayor ignominia y la mayor vergüenza no consisten en tener a un Benavides en las alfombras de Palacio. ¿De qué techo no llueve una sabandija? ¿A qué jardín no se introduce un sapo? La mayor vergüenza y la mayor ignominia están en que los profesores de nuestra Universidad hayan sido los más entusiastas en escoger al soldado vulgar para ungirle con el óleo de la dictadura, lanzándole a resucitar en el Perú el régimen del caporalismo. Por la acción de los intelectuales nos hallamos al nivel de los hotentotes. Domesticadores a lo gitano, los maestros de la juventud adiestraron un mastín

para lanzarle no contra el ladrón sino contra los vecinos honrados.

La civilización, la cultura, en fin, la humanidad de aquellos educadores o artífices de almas no atravesó la epidermis y desapareció ante el miedo de perder el monopolio de los honores, del poder, de las granjerías, en una palabra, del comedero. Hay motivo para renegar de la instrucción : fomentamos escuelas primarias, liceos y universidades para obtener un cardumen de bárbaros intelectuales y morales. Esos bárbaros pontifican en las aulas y conferencian en los teatros, plastronean en los salones y en los clubs, hablan y escriben en los dos sitios más nauseabundos — el tabladillo popular y la redacción del periódico ; mas ¿dónde los rasgos de su elocuencia y las enseñanzas de su sabiduría ? Tienen por ciencia un revoltijo de adaptaciones

francesas, préstamos italianos y lucubraciones propias, algo así como un bebistrajito compuesto de champagne sofisticado, lágrima cristi inferior y guarapo nacional. Tienen por elocuencia una fraseología de reguilete, somatén y de profundis salpimentada con remilgos de vieja verde y moralizaciones de alcahueta.

Todos ellos rojean con la sangre derramada en Santa Catalina, las calles de la ciudad y las aguas del Napo. La sangre no sólo nos mancha cuando la vertemos con nuestras manos; también nos llega cuando aplaudimos al asesino, tergiversamos los hechos para inculpar al inocente o guardamos un silencio más criminal que el aplauso y la tergiversación. Habiéndose convertido en claque, testigos falsos, agentes provocadores y algo peor, todo lo aplauden, todo lo falsean o todo lo callan, según las conveniencias parti-

culares o conforme a las órdenes del nuevo amo, sin conservar un ápice de vergüenza, de pudor ni de estimación propia. Se comprende que no mostrándose fieles a ellos mismos, no guarden ley al amigo de ayer : perros de instinto maleado, abandonan al dueño para seguir al extraño que les arroja una piltrafa.

¡Y esos mismos hombres se repantigan en las cátedras para erigir en dogma la soberanía popular, encarecer las excelencias del sistema parlamentario, defender las garantías individuales, sostener la amplísima libertad de la palabra, proclamar la inviolabilidad de la vida, etc., etc. !

Y los discípulos les oyen, sin atreverse a murmurar una censura, aunque saben muy bien que esos malos pastores enseñan el sermón de la montaña y practican la moral de Judas. ¿Cómo han de censurarles ? Los

alumnos se sienten de la misma substancia que los maestros, piensan hoy que mañana harán lo mismo. ¡Quién sabe si les superan en astucia, impudor y bellaquería! Para tales pastores, tal rebaño.

Dígalo el Centro Universitario, donde viejos pútridos y mozos más pútridos que los viejos se abrazaban y se besaban con los delegados chilenos al Congreso de Estudiantes. Si las caricias hubieran emanado de un cosmopolitismo sincero, nada habría sido más hermoso ni más digno de aplauso; mas besos y abrazos eran el exponente de nuestro servilismo tradicional y de nuestro miedo a la guerra con Chile. Las palomas de San Marcos no quieren ser destrozadas por los gavilanes del Mapocho. Se guardan para transformarse en fierabrases, si llega el caso de insultar y desafiar al Ecuador.

Años atrás hubo siquiera un Círculo

Literario y una Unión Nacional. Ahora ¿qué hay? Una generación de lateros que, indigestados de Spencer y Letourneau, preconizan la constitución del alma nacional, la formación de la *élite*, el reinado del imperativo categórico, el evolucionismo pacífico y otras paparruchas por el estilo. Mas ¿dónde está el mozo llamado a recoger la bandera enarbolada un día por los Vigil, los Mariátegui y los Gálvez? ¿Dónde el que en el libro, en el periódico, en la tribuna o en el tablillo fustigue con látigos de fuego a la Justicia venal, al Parlamento servil y al Gobierno detentador y rapaz? La juventud sólo tiene labios para adular y manos para aplaudir.

Ha llegado el tiempo de concluir los diti-rambos y empezar a reírse de los barbilampiños consagrados a ejercer la profesión de jóvenes. A los mozos debemos

temerles más que a los viejos : el hombre maduro tiene fijado el rumbo de su vida, y nos deja ver si marcha bien o mal; el de pocos años busca su orientación, y nos oculta si corre a la cima de una montaña o al fondo de una cueva. Por lo mismo que la juventud conoce los apetitos insaciables y las pasiones arrolladoras, es la época de las tentaciones, de las caídas, de las grandes infamias y de los peores crímenes. El viejo, no divisando más horizonte que las paredes del cementerio, consagra sus débiles energías a la inocente labor de ganar el cielo; el joven, mirando ante sus ojos el panorama de la vida, busca dinero y posición para gozar y lucir. Los hombros que empujan al amigo y al hermano, las mandíbulas que muerden y desgarran, las manos que aprietan y estrangulan obedecen al impulso de cabezas sin arrugas ni canas. No hay apaches de sesenta años.

Callen, pues, los histriones imberbes que se vanaglorían de sus veinte o veinticinco años ¡como si el cachorro del tigre fuera menos tigre que su abuelo! Callen también los esperanzados en los *hombres de mañana* ¡como si la edad pudiera volver águilas reales a los pichones del cuervo! La rama de un alcornoque no se transforma en la vara de un rosal, y la chinche hiede desde que nace hasta que muere.

Cuando un Presidente de la República ultrajó con sus gendarmes a los universitarios de Lima, fulminamos un grito de indignación, como si Fierabrás o Sacripante hubieran mandado estuprar a las once mil vírgenes. Cada mojiçón en la cara de un sietemesino se nos antojaba un golpe en el templo de la sabiduría, cada planazo en los lomos de un barbilindo nos parecía profanación a la carne de un Sócrates redivivo, de un Aristó-



teles en ciernes, hasta de un Cristo en fabricación. Si hoy se repitieran los mojicones y los planazos, nos indignaríamos de que no se hiciera con los pastores lo que se hacía con el rebaño.



**COMER Y CALLAR**



Si moral e intelectualmente nos achicamos después de la guerra con Chile, más nos vamos empequeñeciendo desde el 4 de Febrero.

No experimentamos ayer la reacción saludable que suelen verificar las naciones humilladas por la derrota ni sentimos hoy la cólera santa de los pueblos caídos en las garras del pretoriano. Las dictaduras trágico-sai-netescas y los despóticos gobiernos militares no nos envilecieron tanto ni fueron tan nauseabundos como el caporalismo reinante.

Según Víctor Hugo, « la grandeza y la hermosura de Francia provienen de echar

menos barriga que los demás pueblos ». Nuestra fealdad y pequeñez nos vienen de conceder al estómago la supremacía sobre el corazón. Aquí no hay más que atiborrar a las gentes para verlas tranquilas, felices y mudas : Rocinantes de mansedumbre evangélica, los peruanos aguantan silla, freno y espuelas, con tal de tener asegurada la ración de pasto.

Al advenimiento de cada presidente, se realiza en el país una modificación general de actitudes : como cediendo a un resorte invisible, todos los peruanos caen de rodillas. Todos se prosternan, no porque surja un grande hombre, sino porque viene el nuevo ecónomo. Y el ecónomo goza las preeminencias de un autócrata. En naciones bien organizadas y sometidas al régimen representativo, la acción del mandatario queda sumamente restringida por la vigilancia y el control del

parlamento. ¿Qué son un presidente de Francia y un rey de Inglaterra? ya se ha dicho — unas figuras decorativas. El rey reina pero no gobierna; en cambio, el presidente del Perú reina y gobierna reuniendo en su persona los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Merece llamarse un animal tricéfalo.

Aquí, el fermento corruptor del hombre opera en el hogar. Como regla general, las mujeres de mala vida se afanan y se desvelan porque sus hijas no las imiten, no salgan del buen camino. Para lograrlo, se transforman en asiduas predicadoras de moral : un santo padre no moraliza más que una madre non sancta. Muchas de nuestras católicas y honradas matronas, incapaces de engañar a sus maridos, son eximias profesoras de amoralidad casera. Dejándose de romanticismos, cogen la vida por el lado práctico, juzgan

el acto según los rendimientos pecuniarios y en vez de crear verdaderos hombres de corazón, listos a sacrificarse por una idea, forman seres glaciales y egoístas, animados por el único deseo de pasarla bien, sin otro ideal que el positivismo de Sancho. No cifran su orgullo en decir, como la madre de los Gracos al presentar a sus hijos : « Estas son mis joyas », sino en repetir : Estos son mis ventrales.

En esas familias cristianas, al calor de esas imponderables matronas, se incuba el tránsfuga de todos los bandos políticos, el juez de fallo según tarifa, el parlamentario de las mayorías palaciegas, el militar de espada virgen y prostituída, el banquero de llave maestra y ganzúa, el empleado tan listo al perjurio como al desfalco, el diarista de opinión orientada en el erario público y el más odioso de los productos sociales — el



cazador de dotes, por no decir el chulo, el alfonso ni el *maquereau*.

De ahí que los hijos no resulten mejores que los padres. ¿Puede haber reacción de lo bueno contra lo malo en países donde los individuos, antes de sentir las pasiones del mozo, tienen los vicios del viejo? Existen peruanos que desde la cuna revelan síntomas de caducidad; que antes de gatear, chochean. Hay recién venidos al mundo que no han abierto los ojos y ya parecen la reducción de un magistrado, de un alcalde municipal, de un rentista, de un senador, de un canónigo y hasta de un obispo : infunden respeto y llevan aire de exigirnos el *monseñor*. Esos anómalos, nacidos con arrugas y canas en el cerebro, causan la gloria y las delicias de las madres, así como producen la desilusión y deshonor de las familias los altivos, los rebeldes, los irreductibles, los

que desde pequeños denuncian inclinación a las *malas ideas*. Todo se perdona al joven, excepto las *malas ideas*, lo que significa no pensar como piensa la turbamulta ni resignarse gregariamente a comer y rumiar la ración de pasto. ¡Gloria, pues, a los mozos buenos o de buenas ideas, a los concebidos para no tener niñez ni juventud, a los extractos de viejo! Ellos poseerán el reino de la Tierra. Con todo, si alguien nos preguntara si había nada peor que los jóvenes malos, nosotros le responderíamos : lo único peor que un joven malo es un joven bueno.

Cuando alguno de esos jóvenes siente (por casualidad o milagro) el impulso de erguirse con altivez y dignidad, cuando amenaza perjudicar con la palabra o la acción los intereses de la familia, se produce en todo el clan una sorpresa inaudita, un asombro

inenarrable, como si hubiera visto una libra esterlina transformada en centavo, un lirio en cicuta y una paloma en gavián. Felizmente, ahí está la madre para contener el escándalo y salvar la honra del hijo, sin emplear el añejo sistema de lágrimas, rigor, insultos, amenazas, etcétera. La precavida y sabia matrona no pronuncia discursos kilométricos ni prodiga consejos soporíferos : recurre a la concisión espartana. Ahoga el *mal impulso* filial con una especie de abracadabra estupenda, sacramental, de seguro efecto mágico :

— Tonto, come y calla.

Se dice que los viejos caballos de tropa, al escuchar la llamada de un clarín, paran las orejas, se estremecen y aunque inválidos, dan señales de querer partir a enrolarse en las filas. Nuestros jóvenes tienen su toque de clarín, no para lanzarse al campo de batalla,

sino para obedecer al instinto de la casta y seguir el precepto de comer y callar.

El come y calla se ha generalizado de tal manera que merecería figurar en el exergo de la moneda. Denuncia un estado de alma. ¿Qué hace el vocal mientras un juez de primera instancia es desobedecido y burlado por una autoridad de policía ? come y calla. ¿Qué hace el parlamentario mientras sus compañeros sufren persecuciones, cárcel, expatriación y tiros de revólver ? come y calla. ¿Qué hace el militar mientras una cuadrilla de pretorianos, capitaneada por un aventurero de ínfima ralea, se arroja sobre la Nación para saquearla, oprimirla y envilecerla ? come y calla. ¿Qué hace el diarista mientras los esbirros del Gobierno clausuran periódicos, aherrojan escritores y confiscan los libros de un ciudadano ? come y calla. ¿Qué hace el pueblo mientras los funcionarios

públicos y las instituciones nacionales (desde el ministro al portero y desde las Cámaras a los Tribunales) dan ejemplos de abyección y cobardía? todo, menos levantarse como un hombre. El asno, trabajador y sufrido, no indaga la sicología del borriero : pasta y enmudece; el pueblo, más desgraciado tal vez y más paciente que el burro, no averigua tampoco el valor intelectual y moral de sus arrieros : ayuna y calla.



**« LA PROTESTA »**





## I

En esta republiquilla de mandones semi bárbaros, capaces de atropellos inauditos, los más ocasionados a sufrir las embestidas oficiales son los periodistas y los impresores.

Los periodistas saben que al erigirse en censores del gobierno arriesgan la confiscación del periódico, la cárcel, la deportación y a veces la acometida brutal de los esbirros. Los impresores nacionales no ignoran que a la aparición de la hoja opositora siguen la orden prohibitiva, la amenaza

y, en caso de reincidencia, la destrucción del taller.

¿Qué no intentaron los mandones para sofocar la voz de sus adversarios? Durante el gobierno inaugurado en 1895 se había recurrido a un procedimiento jesuítico. El último miembro de la gavilla demócrata reclamaba del impresor incriminado y ante un juez de paz (amigo y correligionario) la devolución de una caja, de un chibalete o de un rodillo; el juez ordenaba inmediatamente el embargo; la policía le ejecutaba a la mayor brevedad, y la imprenta se desvanecía en unas cuantas horas, sin que el dueño mismo hubiera logrado percatarse del cubileteo demócrata : antes de maliciar el amago, se recibía el golpe. Así desaparecieron *La Luz Eléctrica*, *Germinal* y algunas otras publicaciones con sus respectivos talleres. Era el tiempo en que « se fundaba el

hogar nuevo y se había reconquistado las libertades públicas. »

Se concibe, pues, que los impresores nacionales concluyeran por negarse a cobijar periódicos antigobiernistas; sin embargo, los escritores de la oposición no vivían desamparados : se refugiaban en los talleres de propiedad extranjera. Durante el Gobierno Provisorio no les quedó ni ese recurso. Aterrado Benavides con la idea de que las hojas independientes derramaran luz en algunas tenebrosas manipulaciones bordelesas, no vaciló en « pedir auxilio » al representante de una gran potencia. Asediado y hostigado por los ruegos impertinentes de dos ministros nacionales, el diplomático manifestó a uno de sus conciudadanos (conocidísimo editor) que no le ampararía, si en el caso de imprimir hojas opositoristas, sus talleres fueran atacados por « una poblada

adicta al Gobierno » (1). Donde se escribe poblada, léase turbas capitaneadas por agentes de policía. Nunca vimos al pueblo de Lima atacar imprentas; sí le hemos visto arrojar boñiga y lodo a la cara de algunos infames.

Apelando a todas las iniquidades y a todas las bajezas, no cejando ni ante la humillación de mendigar socorro a las legaciones extranjeras, nuestros gobernantes acallan la oposición y logran maniobrar en familia. A las pocas semanas de asaltado el poder, nuestros excelentísimos cafres o mandingas pueden vanagloriarse de no contar con adversarios en la prensa. A la hora de la muerte, el general español Narváez declaraba a su confesor no tener enemigos que perdonar : les había fusilado a todos.

(1) Alusión del autor a la clausura de su periódico *La Lucha*, mencionada en el Prólogo de este libro. Véase el Apéndice II, página 198. (*Nota del editor.*)

## II

*La Protesta*, dirigida y editada por un grupo de trabajadores (1), sufrió también los desafueros tradicionales de la policía, no por denunciar triunviratos militares de Burdeos, redenciones inesperadas de hipotecas honradamente irredimibles, pagos indebidos de créditos con un beneficio familiar de cincuenta por ciento, asesinatos de generales dormidos ni carnicerías del Napo, sino por haber publicado un artículo contra el militarismo y en especial contra las abominaciones del cuartel (2).

(1) Aquí, donde no prospera más diario que el amarillo, donde semanarios y demás publicaciones viven casi siempre de la subvención fiscal o del *chantage*, *La Protesta* es un fenómeno inverosímil. Dirigida y editada por un reducido número de obreros, no enarbola bandera política ni sirve de órgano a ninguna de nuestras envilecidas sociedades de artesanos. (*Nota del autor.*)

(2) El autor alude a su artículo *El Caporalismo*, publicado en *La Protesta*, en Octubre de 1914, e incluido en este libro. Véase la nota de la página 84. (*Nota del editor.*)

Sin embargo, el autor no hizo más que acentuar con frases candentes lo aseverado por muchísimos sociólogos y singularmente por Hamon en la *Sicología del Militar Profesional*. Con muchísima cordura, se abstuvo de vilipendiar al ejército peruano, a ese invicto ejército nacional, cubierto con los laureles ganados en el Portete, Yungay, Ingavi, Guerra del Pacífico y 4 de Febrero. De vez en cuando, al agriarse las cuestiones de límites, ese valeroso ejército, ese guardián heroico del territorio amenazado, enseña los puños al Ecuador y a Bolivia. A Chile, nada le enseña, que bastante le enseñó las espaldas desde el cerro de San Francisco hasta los reductos de Miraflores.

Al impresor le arrastraron a la Intendencia de Policía y sólo le devolvieron la libertad bajo la condición de no seguir publicando en su taller la hoja incriminada. Al editor le

encerraron en un calabozo, le detuvieron doce horas y quisieron arrancarle una promesa formal de suspender *La Protesta*, amenazándole con prisión, juicio militar y vías de hecho. (Por « vías de hecho » se entiende aquí no sólo unos cuantos mojicones y cintarazos sino una verdadera tortura inquisitorial, como lo prueban los recientes horrores cometidos con los presuntos falsificadores de billetes bancarios.) A más, agentes de policía invadieron el domicilio del editor, practicaron un registro minucioso y le arrebataron libros, folletos, colecciones de periódicos, etc. Como protestara, un empleado de la Intendencia le contestó que « los impresos le serían devueltos, previa selección, porque pensaba quemar los de ideas subversivas y perniciosas ».

La policía, la más odiosa de las instituciones sociales, se erguía sobre la función

más elevada del hombre — el pensamiento. ¿ Quiénes se arrogaban el derecho de juzgar lo escrito por un Reclus, un Proudhon, un Stirner, un Kropotkine y un Guyau? los semianalfabetos; los encubridores o partícipes de hurtos y robos en grande escala; los torsionadores de personas inocentes o de infelices rateros; los sicarios de todos los gobernantes abusivos; los vapuleadores, saqueadores y abaleadores de muchedumbres indefensas; los seres más despreciables, sea cual fuere su categoría (prefectos o cachacos) por vivir subterráneamente ligados con el tahir, el rufián, el delator y el periodista oficial.

Naturalmente, diarios y Cámaras no levantaron la voz para condenar los atropellos inferidos a los redactores de la publicación obrera: lo no relacionado con intereses de personillas y conventículos, lo ajeno a la política de barrio y trastienda, carece de importancia.



Bajo la vara de un porquero bordelés, el Perú había dejado de constituir una sociedad humana : era una pocilga donde los cerdos, apaleados y hambrientos, no se atrevían ni a gruñir.



# **NUESTRAS REVOLUCIONES**



Expresó una gran verdad quien dijo :  
« Las guerras civiles son más justificables y menos insensatas que las guerras internacionales. »

Únicamente los vegetativos o seres arraigados a la tradición se alarman con el movimiento de avance y condenan las manifestaciones dinámicas del organismo social. Tienen ellos una frase que resume el programa de su vida : « Antes que todo, la paz » ; quiere decir, déjenos en pleno goce de lo bien o mal adquirido, no turben la tranquilidad de nuestras buenas digestiones. ¿ Qué sería de los pueblos sin la sacudida eléctrica

de una revolución? La Humanidad, perezosa y rutinaria, necesita de espíritus rebeldes que la despierten, la agiten y la empujen hacia horizontes nuevos. Sin hombres animados por el oxígeno revolucionario, la Tierra formaría un amodorrado reino de quiquendones.

Pero ¿merecen llamarse revoluciones nuestras guerras civiles? casi todas se redujeron a pronunciamientos o cuartelazos. Riñas de lacayos para cambiar de señor y librea. Toda buena revolución fué maleada por sus mismos iniciadores, todo restaurador de las libertades públicas terminó por desaforado enemigo de la Constitución y las leyes. Nos destrozamos para seguir a tientas por el camino trillado, si no para retroceder o girar al rededor de un poste. Dejamos la tiranía de la casaca para sufrir el despotismo del frac, y salimos del paisano sin conciencia para volver al soldado sin

masa cerebral : como el perro de la Biblia, regresamos a nuestro vómito.

¿Qué beneficio nos legaron esas luchas fratricidas? No sabemos si los indios son más felices y menos esclavos hoy bajo la República, que lo fueron ayer bajo la dominación de España. No restablecimos la esclavitud del negro (más que por humanidad, por vedarlo el ambiente del siglo) pero crucificamos al chino, devoramos al canaca y pretendimos convertir al japonés en carne de trapiche. Exhumamos el odioso *tributo* español, disfrazándole con el nombre de contribución a la sal para reunir fondos destinados al rescate de Tacna y Arica. Seguimos viviendo bajo la retrógrada Constitución del 60 (1), soportamos el deprimente

(1) Es esta una de las pocas aseveraciones de este libro que ha perdido, con el transcurso de los últimos veinte años, su exactitud y actualidad, pues de 1914 a la fecha, el Perú ha tenido dos constituciones sucesivas : la de 1920 y la de 1933. La primera, elaborada

Código de Justicia Militar. No hemos adquirido ni un átomo de lo que siempre dan las revoluciones — amor a la libertad y espíritu viril. Vergonzosamente nos hicimos vencer por Chile, ignominiosamente nos dejamos pisotear por cualquier soldadote insolente y audaz. No conocemos los perdonables desbordes de la libertad ni la justiciera cólera de las muchedumbres, sino las partijas de los ladrones fiscales y las orgías de la soldadesca victoriosa : después de cada baño sangriento quedamos más envilecidos y más despreciables.

Aunque el orgullo nacional se ofenda y proteste, debemos reconocer una verdad muy dolorosa y muy triste : somos hoy la

por la Constituyente de Leguía ; la segunda, confeccionada por la Constituyente de Sánchez Cerro. Ambas son menos « retrógadas » que la de 1860. Por desgracia, el ciudadano peruano no ha encontrado oportunidad, en la práctica, de disfrutar de las garantías y libertades tan generosamente prodigadas en los textos. (*Nota del editor.*)



nación más envilecida de Sudamérica. Desde el Parlamento a los Tribunales de Justicia, desde las corporaciones a los individuos, desde los señores de las altas clases sociales a los hombres del pueblo, todos se hallan contaminados por la epidemia del envilecimiento. ¿Dónde encontraríamos una inyección maravillosa, un suero regenerador, para ennoblecer estas almas y enderezar estos espinazos ?

Y ¡ no falta iluso que hable de nacionalidad, soñando con reivindicaciones por medio de rifles, baterías Canet, acorazados, submarinos y aeroplanos ! Colombia, el Ecuador y Bolivia pueden venir a conquistarnos sin traer mucho soldado ni mucho armamento : no encontrarán un Bolognesi ni un Grau. Chile no tiene por qué emplear un guaso ni un corvo, habiéndonos conquistado en alma y cuerpo : cada salvazo chileno en nuestra

cara estrecha los lazos de la fraternidad, cada puntapié chileno en nuestras posaderas aviva en nuestro corazón el sentimiento de gratitud.

Mas, antes de los enemigos internacionales, vendrán los cuervos.

El Perú hiede a muerto (1).

(1) Este artículo apareció en *La Protesta*, pero ignoramos la fecha exacta de su publicación; presumimos que Agosto o Setiembre de 1914, pues el Gobierno del coronel Benavides clausuró el periódico en Octubre. Véase la nota de la página 84. (*Nota del editor.*)

**CÁCERES**



# I

*¿Para qué viene ?*

Al general Cáceres no se le puede tratar como a los muñices y benavides.

Tiene en su vida una parte luminosa, digna de recordación y enaltecimiento. Joven aún, cae gravemente herido en Arequipa al combatir por Castilla contra Vivanco : está con el libertador de los negros, no con el fusilador de Lastres y Verástegui. Maduro ya, guerrillea, no sólo contra los veteranos de Chile sino contra los achilenados reclutas

de Iglesias. Hace frente a los enemigos de fuera y a los traidores de casa. Palmo a palmo defiende el territorio, día a día expone su pecho a las balas chilenas y *peruanas*. No se fatiga ni se arredra, no se abate ni se desalienta. Parece un hombre antiguo, vaciado en el molde de Aníbal. No es el cobarde que abandona el poder para salvar la vida, ni el ladrón que se escurre por llevarse el talego. Nos quita el oprobio de haber tenido a un Prado.

Si hubiera sucumbido en Huamachuco o en alguna de las cien escaramuzas de la Breña, el Perú se enorgullecería hoy con una trinidad gloriosa, formada por Grau, Bolognesi y Cáceres. Pero fué respetado por las balas : algunas veces el plomo nos hace más daño al no herirnos que al atravesarnos el corazón.

Transformado de caudillo nacional en

revolucionario criollo, barre con el achileneado gobierno de Iglesias y, tras el conocido simulacro de elecciones, se encarama al sillón presidencial. Entonces concluye su vida luminosa, abriendo en ella un paréntesis negro, donde resaltan la violación de todas las garantías individuales, el atropello a la minoría honrada del Congreso, la dilapidación fiscal, el asesinato de Romero y Flores, el nuevo asalto al poder, la vergonzosa caída del 95 y la existencia mediocre y vegetativa hasta no sabemos cuándo.

Plenipotenciario con poquísima labor pero con mucha renta, guarda « el prudente silencio de Conrado » y sólo una que otra vez se acuerda de Huamachuco, la Breña y los chilenos. Hoy anuncia su viaje al Perú : está en camino, casi a las puertas de Lima.

¿Para qué viene? ¿Para cerrar el paréntesis negro y regresar a la vida luminosa o

para ofrecernos el espectáculo doloroso de metamorfosearse en *condottiere* del bloque ? no lo sabemos, y probablemente no lo sabe aún ni él mismo. Unas veces cablegrafía para reconocer la legalidad representada por don Roberto Leguía, otras veces dirige telegramas para insinuar la unificación del Partido Constitucional, dando margen a creer que implícitamente reconoce un seudo gobierno constituido por seis ministros cafres y un coronel de munición (1).

## II

*Para qué vino.*

Hay, pues, dos Cáceres : el *otro* o el de Palacio y el *nuestro* o el de la Breña. Triste

(1) González Prada publicó este artículo en *La Lucha*, en Junio de 1914. La segunda parte fué escrita, probablemente, a fines de ese mismo año y ha permanecido inédita hasta la fecha. (*Nota del editor.*)



habría sido que *nuestro Cáceres*, el Cáceres de la resistencia heroica, hubiera regresado para traernos un enmohecido sable de alquiler, un cerebro reblandecido por los años y un corazón minado por la gangrena senil.

Felizmente, vino para dar una buena lección a sus antiguos compañeros de armas y a los jóvenes educados por la Misión Militar Francesa. Al tomar una actitud reservada, prueba tácitamente que no acepta solidaridad alguna con la dictadura africana de un Benavides ni quiere figurar en la nómina de la soldadesca deshonrada con la traición a Billinghamurst y el asesinato de Varela.

Hace más : sabiendo que todo cargo implica deshonra cuando se ejerce bajo autoridades indignas e ilegales, tira al Palacio de Gobierno la plenipotencia de Alemania, como se arroja una tela maculada por la deyección de un animal inmundo. No sabemos si le aplicarán

el desquite de la destitución, novedad introducida por los seis caribes. Cuando un hombre renuncia hoy un puesto, el ministro del ramo le ruega retirar la renuncia y como no lo consigue con el ruego, le fulmina una destitución. Venganza del perro que recibe un palo, besa la mano, baja la cola y, a cien metros de distancia, nos envía un asperge (1).

Un anciano ofrece a los jóvenes ese ejemplo de altivez y dignidad.

(1) Alusión de González Prada a la actitud del Gobierno del coronel Benavides, con motivo de su renuncia del cargo de Director de la Biblioteca Nacional de Lima. Véase el Apéndice III, página 200. (*Nota del editor.*)

# **LA BUENA REVOLUCIÓN**



## I

Condenamos las revoluciones nacionales porque nos empobrecen, nos deshonran, nos sangran y nos salvajizan. Si en las épocas normales no hay más garantía que la voluntad del sátrapa guarecido en Palacio, durante la guerra civil rige la ley de Lynch aplicada por los malvados a las gentes honradas. En las ciudades como Lima y el Callao, donde el cuerpo diplomático ve de cerca los actos del Gobierno y ejerce una censura tácitamente moderadora, subsiste un simulacro con viso de respeto a vidas y propiedades; mas en

las poblaciones del interior, donde se puede maniobrar en familia y sin miedo a testigos enojosos, no se respeta nada ni se guarda consideración a nadie. Todos sufren el abuso de la fuerza, padeciendo más el que posee menos; así el pobre indio resulta crucificado entre el facineroso de casaca y el forajido de poncho. Lo que no arrebató el soldado lo roba el montonero, y el pobre diablo que se libra de la pantera gobiernista no escapa del lobo revolucionario.

¿Cómo lograr algo bueno si los culpables mismos encauzan las revoluciones? Cuando no las inician, las fomentan; y cuando no las fomentan, las aclaman en la hora del triunfo para disfrutar los beneficios, sustituyéndose a los ingenuos que de buena fe se arrojaron a luchar por la Constitución y las leyes. Nuestras guerras civiles resultan malas, no por carecer de razón, sino porque las hacen

o las aprovechan los malos. Verdaderas orgías de caníbales, se abren con la perpetración de todos los crímenes en las provincias para cerrarse con la matanza de tres o cuatro mil hombres en las calles de Lima. Erigimos una montaña de cráneos para instalar en la cumbre un payaso demócrata, un andrógino civilista o un sombrero de picos y un sable.

Sentado en la cima el nuevo sátrapa, no se verifica el rejuvenecimiento de ninguna institución añeja ni se corrige uno solo de nuestros mil abusos inveterados. Sigue el mismo régimen consistente en un poder único — el Ejecutivo — con dos dependencias igualmente serviles — el Parlamento y el Poder Judicial. No se muda radicalmente ni de personas, dado que el mismo juez continúa vendiendo la sentencia y el mismo congresante almonedando el voto. Hasta los

vencidos van poco a poco engrosando las filas del vencedor, mientras los reducidísimos revolucionarios irreductibles abandonan al sátrapa y van a constituir una oposición sin plan, descabellada y contraproducente. Convicciones, partidos — vocablos sin alguna significación en el Perú : el civilista endiosa al soldado, el demócrata fusila al obrero, el constitucional pisotea la Constitución. Los partidos se reducen a estados mayores sin ejército; las convicciones, a un oportunismo larvado y listo a resolverse en una rectificación de punterías a la Caja fiscal. Aquí no hay, al fin de toda revolución, más que las hordas acampadas en el Palacio de Gobierno. Ayer la horda civilista, la horda constitucional o la horda demócrata; hoy la horda pretoriano-bloquista; mañana... ¿ qué horda nos asaltará mañana ?



## II

Se dirá que en todo el mundo acontece lo mismo, que al revolucionarse los pueblos surgen iguales monstruos y se repiten las mismas iniquidades. Puede que suceda en la América española; mas no todas las guerras civiles son operaciones financieras de una camarilla, no todos los revolucionarios degeneran hasta convertirse en sanguinarios caballeros de industria. En la Revolución francesa y la Comuna de París, los injustamente llamados fieras o bandidos, combatieron por una idea y no cayeron con los bolsillos repletos de oro : Robespierre murió poseyendo por todo caudal un asignado de ínfimo valor; el Ministro de Hacienda durante la Comuna hacía lavar su ropa con su propia mujer. Existe, pues, enorme diferencia de revolu-

cionarios a revolucionarios : los de allá pueden figurar como una amalgama de felino y apóstol; los de aquí, como la refundición de la urraca en el tigre. Es que de nosotros a las naciones europeas hay separación de épocas geológicas : no producimos al hombre social y revolucionario sino al gorila politicante, pretoriano y montonero.

Mas porque nunca realizamos una verdadera revolución ¿ no la consumaremos jamás ? ¿ Seremos siempre un rebaño de bozales regidos por el azote de un caporal galonado ? ¿ Viviremos condenados a vivir eternamente en una servidumbre más infamante y más oprobiosa que la antigua esclavitud ? ¿ Quién nos dice que el Perú, cediendo al instinto de conservación, no hará tarde o temprano una manifestación viril de sus energías latentes ? Los pueblos no se igualan con el buey y el potro que, una vez domados, viven y mueren

obedeciendo al aguijón o al freno. Tienen letargos de marmota y despertares de león. Se detienen, marchan a tientas o retroceden; pero, cuando menos se piensa, corren y avanzan recuperando en un día el terreno perdido en muchos años. El Japón y la China sorprendieron a los teorizantes de las evoluciones lentas y apacibles.

Cierto, las muchedumbres suelen ir hacia donde las empujan los listos y hacer el mal con la irresponsable ceguera del niño y del loco; pero saben también conducirse por ellas mismas, consumir las tremendas liquidaciones sociales y llevar hasta el sacrificio su adhesión a las ideas o a los hombres. Más tal vez a los hombres que a las ideas. Puede que lanzado el grito y arrojada la chispa, surja hoy en el Perú el caudillo necesario. La Humanidad esconde insospechables reservas intelectuales y morales que aparecen al

estallar las revoluciones. Durante la dominación española ¿quién nos habría dicho que en Sudamérica brotarían hombres como Bolívar, Sucre, San Martín, Córdoba y cien más? Para la revolución de 1854 tuvimos a Castilla; para la de 1865, a Gálvez.

La verdadera revolución popular, la soñada y anhelada por los hombres sanos, la temida y execrada por los menguados comediantes de la política, la que es hoy una necesidad suprema, vendrá algún día, tal vez muy pronto, quizá mañana : no será la avenida torrentosa que todo lo arrasa convirtiendo en pedregal la buena tierra de labor, sino la inundación que ahoga las sabandijas y depone el limo fecundante en el suelo empobrecido. Será también la aurora del gran día. No faltará sangre. Las auroras tienen matices rojos.

# **EL NÚCLEO PURULENTO**



## I

Alguien dijo que « el Perú no es nación sino un territorio habitado »; y algún otro afirmó que « nuestra república se reduce a una simple denominación geográfica ». En lo primero cabe, por ahora, una buena dosis de verdad. Si el Perú blasona de constituir nación, debe manifestar dónde se hallan los ciudadanos — los elementos esenciales de toda nacionalidad. Ciudadano quiere decir hombre libre; y aquí vegetan rebaños de siervos : de esto al Dahomey o al Congo media muy poca distancia. Si a las agrupa-

ciones humanas se las juzga por los jefes que se dan o toleran, mereceríamos llamarnos un campamento de beduínos, una feria de gitanos o una ranchería de pieles rojas. No hay derecho a título más glorioso cuando se obedece a un Benavides.

Las grandes naciones proceden con suma benevolencia al acreditar plenipotenciarios cerca de nuestros Behanzines; mas aunque nos tratan de igual a igual (llevando a la exageración su cortesía diplomática) no dejan de estimarnos en nuestro justo valor. Si algunos estadistas de las grandes naciones recurren al mapamundi para conocer nuestra situación geográfica y cerciorarse de que no lindamos con el Japón o el Canadá, otros saben que ayer producíamos huano y que hoy seguimos en la costumbre de hacer revoluciones, celebrar empréstitos y no pagar las deudas. España nos mira como a hijos



ingratos y rebeldes; los demás estados nos consideran desde el punto de vista comercial — vendedores y compradores : vendedores de cobre, algodón y azúcar, compradores de manufacturas chillonas, baratijas de bazar aldeano y novelones de Montépin y compañía.

El Perú fué la colonia favorita de España en Sudamérica. En él se mostró más dispendiosa, esmerándose en dejar mayor número de obras públicas. A falta de colegios, nos llenó de iglesias y conventos; mas no podía legarnos otra cosa, dadas la época y la índole española. Esos conventos y esas iglesias testifican el empleo de una gran fuerza humana. Si los españoles reunieron mucho oro, no se lo llevaron todo. Ignoramos lo que resultaría si se comparara el valor de lo legado por los virreyes con el valor de lo edificado por los presidentes. Al consumir la Independencia no figurábamos como la última nación del

continente. ¿Podemos llamarnos hoy la primera? Ninguna de nuestras ciudades rivaliza con Buenos Aires, Montevideo ni Santiago : en todas ellas se palpa la estagnación o la ruina, sobre todas pesa una atmósfera de hospital y cementerio.

Lima, la decantada Lima, vale tanto como una ciudad europea de tercer o cuarto orden. Tiene fisonomía vetusta, aire de cosa exhumada, aspecto de una Pompeya medioeval. Aquí se asfixia el hombre organizado para respirar un ambiente moderno, aquí no puede saborear « ese buen aire de París que, según Flaubert, parece contener efluvios amorosos y emanaciones intelectuales ». Gracias a los municipios gobiernistas, ineptos y rapaces, Lima tiene por efluvios amorosos y emanaciones intelectuales el vaho de alcantarillas mal cerradas, el aroma de basuras aéreas y terrestres, el polvo de calles sin pavimentar

o con pavimento irrisorio y el miasma de charcos en putrefacción. Y esto se llama « la perla del Pacífico » y « la Sevilla sudamericana ». Con la ridícula modernización de sus anti-guallas inmodernizables y las nuevas casas de estilo rastá, nuestra capital es una vieja verde que se figura estar muy chic y a la moda con su traje de segunda o tercera vida, sus perifollos descoloridos y su relente a moho disuelto en naftalina. Cuando se vuelve a Lima, después de residir algún tiempo en una ciudad moderna, se sufre tal depresión y tal desaliento que vienen ganas de encaminarse al cementerio, introducirse en un nicho y hacerse colocar una lápida. Vivo, muerto ¿ no da lo mismo aquí ? Los vivos de nuestras calles y plazas ¿ encierran más vida que los muertos del panteón ?

## II

Según Edgar Quinet « las repúblicas hispanoamericanas nacieron con las arrugas de Bizancio... Ahí el soplo matinal del Universo roza la frente del hombre sin poder reanimar a ese viejo ». Dudamos que semejantes palabras (dichas a mediados del siglo XIX) convengan hoy a todas las naciones americanas de origen español : algunas evolucionan en plena juventud. Nadie osaría llamar a México, la Argentina, el Uruguay, etc., jóvenes prematuramente avejentados, incapaces de rejuvenecerse « al soplo matinal del Universo ».

Desgraciadamente, nosotros nos hallamos lejos de figurar en el número de las repúblicas que van consiguiendo borrar en su frente las arrugas de Bizancio. Permanecemos bizan-

tinios, sin la erudición ni el arte de Bizancio, habiendo cambiado al gladiador y al retórico por el torero y el rábula. Nuestro poco adelanto material ¿se compensa con el avance en órdenes más elevados? Si por un cataclismo, semejante al de la Atlántida, desapareciéramos en una sola noche, el mundo no sufriría una gran pérdida : sólo unos cuantos mercaderes o mercachifles lamentarían nuestra desaparición. Somos factor despreciable en la riqueza intelectual de la especie humana : no hemos implantado una reforma, creado una institución, enunciado una verdad científica ni producido un libro magistral. No tenemos hombres sino ecos de otros hombres, no expresamos ideas sino repetimos frases caducas y apolilladas. Las voces de nuestro Parlamento, de nuestras universidades y de nuestras asociaciones literarias o científicas resuenan como el susurro

de insectos al rededor de un pantano. Alguna voz domina de tarde en tarde el susurro : chirrido de rana con ínfulas de rui señor.

Políticamente hablando, vivimos tal vez en condiciones más degradantes que bajo la dominación española. Si ayer nos sometíamos con resignación a la tutela de un rey más o menos capaz de justicia, hoy nos hallamos expuestos a caer bajo la tiranía de un aventurero de ínfima ralea. Los virreyes no fueron tan abusivos como los presidentes. La servidumbre durante la Colonia parece cosa natural : se nacía vasallo y vasallo se moría; la servidumbre, a los noventa años de independencia, no se concibe y mueve a náuseas : nacemos libres y nos convenimos a vivir esclavos. Y ¡ esclavos de qué señores ! El régimen de violencia y rapiña inaugurado por la soldadesca el 15 de Mayo habría producido en otra nación un levantamiento

general, y el tiranuelo hubiera sido inmediatamente arrollado por las iras populares. En esta muchedumbre sin médula ni sangre, la audacia y los crímenes del incipiente Melgarejo peruano infunden pavor. Ante los cadáveres de las víctimas inmoladas en Santa Catalina, el Napo, Llaucán, Vitarte, Arequipa, etc. los hombres tiemblan (si hombres merecen llamarse los eunucos de alma, los que no tienen virilidad arriba de la cintura). El que no cede al miedo, se corrompe al interés.

Mas nada debe sorprendernos en un país donde la corrupción corre a chorro continuo, donde se vive en verdadera bancarrota moral, donde los hombres se han convertido no sólo en mercenarios sino en mercaderías sujetas a las fluctuaciones de la oferta y la demanda. Una conciencia se vende y se revende hoy en el Perú, como se vende y se

revende un caballo, un automóvil o un mueble. Admira que en las cotizaciones de la Bolsa no figure el precio corriente de un ministro, de un juez, de un parlamentario, de un regidor, de un prefecto, de un coronel, de un periodista, etcétera.

Y nos referimos particularmente a Lima que en el organismo nacional ejerce la función de núcleo purulento. Aquí nacen para cundir en toda la República los gérmenes patógenos, aquí se malean los hombres sanos venidos de las provincias a evolucionar en el mundo político. El provinciano, cogido en la zarabanda de los intrigantes limeños, comienza por adquirir una visión falsa de las cosas y acaba por sufrir una completa obliteración del sentido moral. No se cura de las lacras lugareñas y se contamina con los vicios de la capital. Un forastero alimeñado se vuelve peor que los limeños *pur sang*.



El nombre mismo de nuestra capital encierra una ironía : se llama Ciudad de los Reyes una población misérrima donde un presidente o virrey de medio pelo gobierna en una corte de libertos o manumisos encastados con franceses, alemanes, nipones, italianos, chinos, etcétera. Esa corte abigarrada forma una especie de cadena masónica constituida por viejos avezados a la política de baja ley y por jóvenes más intrigantes acaso y más podridos que los viejos. Aptos para fraguar revoluciones, mas no para consumarlas a costa de su sangre, los limeños dan en sus calles un terreno a las luchas, entierran a los muertos y fraternizan con los vencedores. Y siempre ha sucedido así; cuando nuestros miríficos abuelos encendían un castillo para celebrar la entrada de los Patriotas, guardaban otro para festejar el regreso de los Realistas. ¿ A qué rememorar

cómo fueron recibidos en 1881 los vencedores de San Juan y Miraflores? Los fastos limeños no registran muchos rasgos de valor ni de entereza.

Y sin embargo, las provincias viven fascinadas por la capital, con los ojos fijos en ella, como aguardando las inspiraciones del oráculo infalible : no piensan ni actúan sin conocer el pensamiento ni recibir las órdenes de la Delfos peruana. Efectivamente — « ¿ Qué dice Lima ? » se pregunta la República antes de resolverse a tomar una determinación. Los buenos provincianos, a causa de una aberración óptica, ven desde lejos muy grande lo muy chico, tomando por Girardin al foliculario sin gramática ni sentido común, por Talleyrand al mulatillo de labia y tupé. A más, creen partidos numerosos a los estados mayores sin ejército, reciben como evangelio el programa insustancial de candidatos

hechizos y viven seguros que el Mesías ha de nacer en la tierra clásica de los tráfugas y los logreros. En fin, dando risa y lástima, se figuran que en Lima florece una juventud animada por los ideales más sublimes y sedienta de sacrificarse por la regeneración nacional. ¡Como si de una generación a otra la sangre de traidores y rateros se cambiara en sangre de héroes y patricios! ¡Como si los hijos no fueran aquí el trasunto de los padres! ¡Como si del lobo no naciera el lobato y de la víbora el viborezno!

La desinfección nacional no puede venir del foco purulento : la acción necesaria y salvadora debe iniciarse fuera de Lima para redimir a los demás pueblos de la odiosa tutela ejercida por grupillos de la capital.



## **EL TIRANICIDIO**



La sangre nos horroriza; pero si ha de verterse alguna, que se vierta la del malvado. Quién sabe si para una justicia menos estrecha que la justicia humana sea mayor crimen herir un animal benéfico que suprimir a un mal hombre. Tal vez podamos afirmar con razón : antes que verter la sangre de la paloma o del cordero, derramar la del tirano. ¿Por qué vacilar en declararlo ? Hay sangres que no manchan. Manos incólumes, manos dignas de ser estrechadas por los hombres honrados, las que nos libran de tiranos y tiranuelos. Herir al culpable, solamente a él, sin sacrificar inocentes, reali-

zaría el ideal apetecido. Los Angiolillo, los Bresci, los matadores del gran duque Sergio y los ejecutores del rey Carlos nos merecen más simpatía que Ravachol, Emile Henry y Moral.

Un prejuicio inveterado nos induce a execrar la supresión del tirano por medio del revólver, el puñal o la dinamita y a no condenar el derrocamiento de ese mismo tirano merced a una revolución devastadora y sangrienta. Quiere decir : el tirano puede asesinar al pueblo, mas el pueblo no debe matar al tirano. Así no pensaban los antiguos al glorificar al tiranicida.

Cuando la organización de los pretorianos hace imposible todo levantamiento popular, cuando el solo medio de acabar con la tiranía es eliminar al tirano ¿se le debe suprimir o se ha de soportar indefinidamente la opresión ignominiosa y brutal ?



¿ Vale tanto la vida del que no sabe respetar las ajenas? Verdad, « el hombre debe ser sagrado para el hombre »; mas que los déspotas den el ejemplo.

Cuando el tiranicidio implica el término de un régimen degradante y el ahorro de muchas vidas, su perpetración entra en el número de los actos laudables y benéficos, hasta merece llamarse una manifestación sublime de la bien entendida caridad cristiana. Si un Francia, un Rosas, un García Moreno y un Porfirio Díaz hubieran sido eliminados al iniciar sus dictaduras ¡ cuántos dolores y cuántos crímenes se habrían ahorrado el Paraguay, la Argentina, el Ecuador y México! Hay países donde no basta el simple derrocamiento : en las repúblicas hispanoamericanas el mandón o tiranuelo derrocado suele recuperar el solio o pesar sobre la nación unos veinte y hasta treinta

años convirtiéndose en profesional de la revolución y quién sabe si en revindicador de las libertades públicas. Al haber tenido su justiciero cada mandón hispanoamericano, no habríamos visto desfilar en nuestra historia la repugnante serie de soldadotes o soldadillos, más o menos burdos y más o menos bárbaros. El excesivo respeto a la vida de gobernantes criminales nos puede convertir en enemigos del pueblo.

Se da muerte a un perro hidrófobo y a un felino escapado de su jaula ¿por qué no suprimir al tirano tan amenazador y temible como el felino y el perro? Ser hombre no consiste en llevar figura humana sino en abrigar sentimientos de conmiseración y justicia. Hombre con instintos de gorila no es hombre sino gorila. Al matarle no se comete homicidio. Montalvo, ajeno a toda hipocresía, dijo con la mayor franqueza :

« La vida de un tiranuelo ruin sin antecedentes ni virtudes, la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razón, y quizá sin conocimiento... no vale nada... se le puede matar como se mata un tigre, una culebra. » Blanco-Fombona, después de constatar lo inútil de las revoluciones y guerras civiles en Venezuela, escribe con una sinceridad digna de todo encarecimiento : « ¿Quiere decir que debemos cruzarnos de brazos ante los desbordamientos del despotismo o llorar como mujeres la infausta suerte? No. Quiere decir que debemos abandonar los viejos métodos, que debemos ser de nuestro tiempo, que debemos darnos cuenta de que la dinamita existe. El tiranicidio debe sustituir a la revolución... Que se concrete, que se personifique el castigo en los culpables. Esa es la equidad. Prender la guerra civil para derrocar a un

dictador vale como pegar fuego a un palacio para matar un ratón ». (*Judas Capitolino. Prólogo.*)

Apruébese o repruébese el acto violento, no se dejará de reconocer generosidad y heroísmo en los vengadores que ofrendan su vida para castigar ultrajes y daños no sufridos por ellos. Hieren sin odio personal hacia la víctima, por sólo el amor a la justicia, con la seguridad de morir en el patíbulo. Acaso yerran; y ¿qué importa? El mérito del sacrificio no estriba en la verdad de la convicción. Los que de buena fe siguieron un error, sacrificándose por la mentira de la patria o por la mentira de la religión, forman hoy la pléyade gloriosa de los héroes y los santos.

Los grandes vengadores de hoy ¿no serán los Cristos de mañana?

**LA ELECCIÓN  
DE DON JOSÉ PARDO**



« Hoy como ayer, mañana como hoy,  
¡y siempre igual! »

BÉCQUER.

Nada tan fácil en el Perú como el oficio de vaticinador. Los hechos se desarrollan con precisión tan uniforme que para escribir hoy la historia de mañana, bastaría narrar lo acontecido ayer, dejando en blanco... nombres y fechas : a la revolución o el cuartelazo siguen las elecciones fraudulentas; a las elecciones fraudulentas, el gobierno malversador, rapaz y tiránico, para volver a la misma revolución o al mismo cuartelazo, a las mismas elecciones y al mismo gobierno. Nuestra vida nacional quedaría exactamente simbolizada por una correa sin fin dividida

en tres pedazos : el rojo, el negro y el amarillo, es decir, la sangre, el fraude y el derroche.

Después de atravesar el cuartelazo de Benavides y las elecciones fraudulentas, nos hallamos hoy en la iniciación de un mal gobierno y, por consiguiente, aproximándonos a la revolución o el cuartelazo (1). Para que la *ley nacional* sufriera una excepción,

(1) El 15 de Setiembre de 1915 ocupa la Presidencia del Perú don José Pardo : el 4 de Julio de 1919 le depone el cuartelazo encabezado por don Augusto B. Leguía. Asume éste el Gobierno y es a su vez derrocado por la revolución del teniente coronel Sánchez Cerro, el 25 de Agosto de 1930. Una Junta, presidida por este último, ocupa el poder hasta el 1º de Marzo de 1931, fecha en que movimientos revolucionarios en toda la República exigen e imponen su renuncia. Una Junta, formada por el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, gobierna cuatro días y es disuelta por el cuartelazo del teniente coronel Jiménez. Negociaciones entre éste y la Junta Revolucionaria de Arequipa, concluyen por llevar a don David Samanez Ocampo a la Presidencia de una nueva Junta de Gobierno. Las elecciones fraudulentas de Octubre de 1931 dan el triunfo al teniente coronel Sánchez Cerro, quien asume la Presidencia el 8 de Diciembre. Asesinado éste el 30 de Abril último, un Congreso inválido, de cuyo seno han sido expulsados o desterrados los miembros opositoristas, acaba de designar al general Benavides, Presidente de la República. (*Nota del editor.*)



se necesitaría ver en el mando supremo a un hombre capaz de subyugar las muchedumbres e imponerse no sólo con la elevación de la inteligencia, sino con la generosidad de los sentimientos.

Ni el civilista más obcecado afirmará que don José Pardo deba el poder al voto consciente y libre de sus conciudadanos. Una *Convención* de liberales, constitucionales y civilistas, arrogándose el derecho de gran elector y figurándose que todo el Perú se reduce a Lima y que Lima se condensa en algunas docenas de racimos de intrigantes, elige su candidato y le impone a la Nación. A última hora, el Partido Demócrata lanza la candidatura de Carlos Piérola, un deficiente cerebral, un rezador de padrenuestros, un infeliz con el solo mérito de llamarse hermano de su hermano. La mandinga demócrata, no pudiendo ofrecerle la presidencia,

da un *voto de honor* al hombre que silenciosamente rumiaba un sueldo, como Director de la Moneda, cuando el hambre y la miseria reinaban en el país. Mientras el Perú ayunaba, fray Carlos digería.

Nadie tampoco, ni el más interesado en la glorificación del régimen civilista y de sus prohombres, verá en don José Pardo al subyugador de muchedumbres ni al selecto por la inteligencia y el corazón. Recordando lo que nos dió ayer, inferiremos lo que nos dará mañana. Presidente de la República desde 1904 a 1908, descubrió miras tan poco elevadas y pasiones tan poco generosas que llegó a convertirse en un Washington al revés, siendo *el último* en el amor de sus conciudadanos; dejó tales huellas que merecería llamarse el Romaña II, con una diferencia : Romaña no dilapidó la hacienda pública ni dejó en el presupuesto un déficit

de varios millones. Sería injusto igualar a don José Pardo con bribones como Eche-  
nique y Piérola o con bárbaros como Cáceres  
y Morales Bermúdez; pero su rencor inexo-  
rable hacia todos los rebeldes a rendirle  
homenaje y su manera brutal de imponer  
las candidaturas oficiales en la renovación  
de los tercios parlamentarios dicen que no se  
lleva inútilmente la sangre de Manuel Pardo.  
Cajamarca y Huamachuco hacen pensar en  
Chinchao.

Se debe alabar en él su respeto a la liber-  
tad de escribir; dejó hablar e imprimir sin  
traba, no por reconocer un derecho a sus  
gobernados sino por la fatuidad de creerse a  
tanta elevación que los tiros no podían alcan-  
zarle. Desdeñar los ataques de la prensa  
oposicionista, figurándose que todos pro-  
vienen de la envidia o el despecho, fué  
táctica pardista.

Por la sangre, las tradiciones y los intereses, don José Pardo se halla fatalmente vinculado a un partido abominable en cada una de sus evoluciones, porque el neo civilismo de 1904 y el bloque de 1914 infunden tanta aversión como la argolla de 1872. El nuevo Presidente no será, pues, el jefe de un Estado sino el personero de un círculo esencialmente mercantil. El mercantilismo, la enfermedad hereditaria de la familia Pardo. En los menores actos de don José debemos examinar la cuestión moneda, las ventajas personales. Con él no tendremos la franqueza inocente de un Santa Cruz o de un Castilla, quienes, al andar escasos de fondos, tomaban de la Caja fiscal lo necesario para sus virtudes y sus vicios; tendremos *the modern style* o *l'art nouveau*, quiere decir, las grandes operaciones financieras en que por segunda o tercera mano se gana el tanto

por ciento aunque la Nación salga leoninamente lesionada.

Se diría que don José Pardo se creyera con derecho a gobernarnos y que los hechos le dieran la razón : tanto le favorecen. Para saltar a la presidencia, un cadáver le sirvió de trampolín en 1904; para subir al mismo lugar, un pretoriano le sirve hoy de escalera. El 15 de Mayo, con su larga serie de latrocinios, persecuciones y matanzas, se debe a los civilistas y al mismo don José, movido por el interés de eliminar a don Roberto Leguía para allanarse el camino a la presidencia. Benavides actuó como un simple instrumento, como un lenón político, habiendo quedado bien retribuido con el generalato y las ventajas pecuniarias. Si a la Nación la representáramos por Melibea y a don José Pardo por Calixto, Benavides sería la Celestina con

charreteras. ¿De algo más puede ejercer individuo semejante?

Conviene recordar algunos hechos. Don José Pardo no ha tenido una sola frase para condenar esas matanzas, esas persecuciones y esos latrocinios; por el contrario, pronuncia un general *ego te absolvo*, elige ministros a cómplices del *atentado* y conserva en sus puestos a los mayores esbirros del régimen provisorio. Cuando alguno de ellos renuncia el cargo, no le acepta la renuncia alegando que « el Gobierno está satisfecho de sus servicios. »

No aguardemos, pues, mejores rumbos ni mejores días. Nos embarcamos en el mismo tren para seguir el mismo itinerario...

## APÉNDICES





## APÉNDICE I

Para la más clara comprensión de ciertas alusiones contenidas en este libro y por el valor histórico del documento que inserta, el editor ha considerado oportuno reproducir el siguiente artículo de González Prada, publicado en *La Lucha* :

### UN DOCUMENTO

El que en seguida publicamos viene a proyectar alguna luz sobre el tenebroso asesinato del general Varela.

Durante cuatro meses, los Tribunales de Justicia o, más exactamente, los abogados, han consumido el tiempo en decidir si el delito era o no era militar.

Parece que en alguien hubiera existido el propósito de eternizar la marcha del proceso, aguardando seguramente que el transcurso del tiempo consolara el dolor clamoroso de la viuda y concluyera por echar un velo definitivo sobre las peripecias y los actores del drama. El muerto había sido enterrado, había que soterrar el juicio.

Sin embargo, a los militares, más que a los jueces y a las cortes, les cumplía esclarecer los hechos para descubrir a los culpables y lavarse de una mancha que pesa hoy sobre toda la corporación : no sabiendo quiénes fueron los asesinos, podemos sospechar uno de ellos en cada militar que pase a nuestra vista.

El testimonio del asistente del general Varela es la palabra de un testigo de excepción : viene a probar que fueron dos oficiales los matadores y que el asesinato precedió al movimiento revolucionario. El Ministro de Guerra, por su valor y su prestigio en el ejército, era una poderosa fuerza de resistencia, un verdadero estorbo, y había que eliminarle.

Si los eliminadores procedieron de motu proprio u obedecieron a sugerencias ajenas, lo ignoramos. No queremos culpar ni exculpar a nadie, y nos limitamos a recordar dos dichos — el de un dramaturgo español y el del pueblo italiano :

*No mata el hierro que penetra en la herida sino la mano que lo empuja.*

*Chi guadagnó lo fece.*

En Lima, a seis de Febrero de mil novecientos catorce, ante mí el Notario, compareció don Marcelino Vilca, peruano, vecino de esta ciudad, mayor de edad, soltero, soldado, instruído en el castellano, a quien conozco, y me manifestó que hace la declaración a que se refiere la minuta siguiente :

*Minuta.* — Señor Notario : Sírvase usted extender en su Registro de escrituras públicas, una por la que conste lo siguiente :

*Primero.* — He sido ordenanza del general Enrique Varela, desde hace tres años;

*Segundo.* — En la madrugada del día cuatro del presente mes, el declarante durmió en el cuartel de Santa Catalina, en el cuarto escritorio donde está el teléfono del servicio de artillería;

*Tercero.* — El general Varela durmió esa noche en el salón de recibo, contiguo;

*Cuarto.* — En la madrugada de dicho día cuatro, sintió ruido de pasos en la sala en que dormía el general, con cuyo motivo entró a ella;

*Quinto.* — Que por la luz eléctrica que

entraba del patio por la ventana, vió a dos oficiales, uno de los que disparó su revólver sobre el general, que estaba acostado en su cama, y el otro le dió en seguida un culatazo;

*Sexto.* — Que en este momento el declarante encendía la luz eléctrica y vió salir corriendo a un alférez de caballería y a un teniente de infantería;

*Sétimo.* — Que el teniente llevaba en la mano un revólver y el alférez una carabina y que les oyó estas palabras : « Ahora sí, ya lo jodimos »;

*Octavo.* — Que el declarante corrió tras de ellos, pero se le perdieron en la tropa que estaba ya formada;

*Noveno.* — Que entonces, encontró al capitán de artillería Llona, de la segunda batería, que le gritó que se armase, empujándole y echándole de ajos y desoyendo sus instancias de ver al general;

*Décimo.* — Que en la Exposición le reiteró esta súplica y que dicho capitán le respondió :  
Ya mataron al general; qué vamos a hacer »;

*Undécimo.* — Que lo declarado es la verdad y que así lo jura. — Agregue usted las conclusiones de ley. — Lima, Febrero seis de mil novecientos catorce. — *Marcelino Vilca.*

*Conclusión.* — Con arreglo a la minuta copiada, archivada, el otorgante hace la declaratoria indicada. Y yo el Notario, doy fe de haber observado lo dispuesto en los artículos treinta y ocho y siguientes de la ley de la materia, firmando el interesado con los testigos coronel Carlos Augusto Pásara y don Jorge Valdizán, de esta vecindad. — *Marcelino Vilca.* — *Carlos Augusto Pásara.* — *Jorge A. Valdizán.* — *Francisco Flores Chinarro,* Notario.

(De *La Lucha*, N° 1, Lima, Junio 6 de 1914.)

## APÉNDICE II

Con referencia a la clausura de *La Lucha* por el gobierno del coronel Benavides, en Junio de 1914, el editor ha juzgado de interés insertar aquí la aclaración publicada por González Prada en *La Prensa* de Lima, a raíz de ese suceso :

### EXPLICACIÓN DE UN SILENCIO

La carta que en seguida insertamos dice por qué cesa de publicarse *La Lucha*.

El señor Prince es ciudadano francés, y no se comprende cómo podría quedar « damnificado impunemente si una poblada adicta al Gobierno asaltara su oficina ».

El Ministro de Francia ¿no ampararía los derechos de su conciudadano ? ¿Lo ha manifestado ya, con las debidas precauciones diplomáticas ? El procedimiento

sería muy extraño en el representante de un pueblo que hizo la Gran Revolución.

Los diplomáticos europeos y norteamericanos ¿vienen para defender los derechos de sus conciudadanos o sencillamente para reconocer y sancionar los golpes de estado?

Manuel G. PRADA.

Lima, 12 de Junio de 1914.

Señor don Manuel González Prada.

Ciudad.

Estimado señor :

Debo informarle que, por conducto fidedigno, ha llegado a mi conocimiento que una poblada adicta al Gobierno actual ha resuelto asaltar mi oficina, para impedir la salida y circulación de otro número del periódico *La Lucha*.

Además, también he sabido, por otro conducto no menos fidedigno, que al realizarse este atropello, quedará damnificado impunemente.

Por lo expuesto, tengo el sentimiento de manifestarle que no me es posible continuar hacerme cargo de la impresión del referido periódico, mientras siga el actual estado de cosas y no haya mayores garantías.

Con la más alta consideración, quedo de usted, estimado señor, muy atento y seguro servidor.

Carlos PRINCE.

(De *La Prensa*, Lima, Junio 15 de 1914.)

### APÉNDICE III

A raíz del golpe de estado del 15 de Mayo de 1914, González Prada renunció la Dirección de la Biblioteca Nacional de Lima. Con este motivo, *La Prensa* publicó el siguiente interview :

#### CON DON MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Como hubiéramos tenido noticia de que, con motivo de la renuncia que el señor González Prada hiciera de la Dirección de la Biblioteca Nacional, había sido llamado dicho caballero por el doctor Luis Julio Menéndez, que desempeña la cartera de Instrucción en el Gobierno del coronel Benavides, nos constituimos anoche en casa del señor Prada para investigar noticias fidedignas sobre este incidente.

De la conversación que tuvimos con el distinguido



publicista, extractamos para nuestros lectores las siguientes declaraciones.

Nos dijo el señor González Prada que, efectivamente, pocas horas después de presentada su renuncia, el Director de Instrucción le hizo saber que el señor Ministro le invitaba a pasar a su despacho. Como intertanto el Director de Instrucción, doctor Pérez Figuerola, observase al señor Prada que no encontraba justificada su renuncia, dicho señor replicó :

— Dadas mis ideas y doctrinas, que usted conoce, yo no puedo servir un puesto público dentro de un régimen de soldadesca, que nos hace retrogradar al año 30 o 40.

Llegado el señor Prada a presencia del doctor Menéndez, este caballero lo recibió con la afabilidad que le es característica, y le manifestó que apenas hecho cargo del ministerio, se había encontrado con la renuncia que su interlocutor hacía de la Dirección de la Biblioteca; que deploraba sinceramente esa determinación y que, con la misma sinceridad, lo invitaba a retirarla. El señor Prada contestó que, agradeciendo los benévolos sentimientos del señor Ministro, no podía acceder a lo solicitado, pues había sido acto perfectamente deliberado y en armonía con las ideas y doctrinas de toda su vida.

— Y ¿su renuncia sería irrevocable? preguntó el doctor Menéndez.

— Como son todos los actos de mi vida.

— ¿No podría usted modificar los términos de su renuncia?

— De ninguna manera, tanto porque son la fiel expresión de lo que siento en estos momentos, cuanto porque he enviado copia de ella a los periódicos.

— Dígame usted, señor Prada, a qué periódicos ha enviado dicha copia y haremos suspender en el acto su publicación.

— Vuelvo a decirle, señor Ministro, que es inútil.

— Pero usted menciona en su renuncia al Congreso reunido el día 15 de este mes. ¿A qué Congreso se refiere? porque ha habido dos Congresos, aunque el único legítimo es el nuestro, como lo probaremos.

— Me refiero al Congreso que declaró no ser obligatorio el servicio de los funcionarios públicos al gobierno militar que se ha implantado; y si ese Congreso ha funcionado por medio de una argucia legal, el otro sólo ha podido reunirse a balazos y al amparo de las bayonetas.

— Nó, si no ha habido balazos... exclamó el señor Menéndez... y se dió por terminada la entrevista.

(De *La Prensa*, Lima, Mayo 20 de 1914.)

La renuncia de González Prada dió lugar a la siguiente Resolución Suprema :

Lima, 20 de Mayo de 1914.

Vista la renuncia que del cargo de Director de la Biblioteca Nacional ha formulado don Manuel González Prada; y, Considerando : — Que no es admisible la causal en que la funda; — Se resuelve : — 1º Desestimar dicha renuncia; y — 2º Destituir del referido empleo a don Manuel González Prada. — Regístrese, comuníquese y publíquese. — Rúbrica de S. E. — *Menéndez.*

## ERRATA

En la nota de la página 136 debe leerse *retrógradas* en vez de *retrógadas*.

## ÍNDICE



Prólogo.....	7
Dos palabras.....	17
Páginas liminares.....	21
Suluque II.....	33
La gran farsa.....	41
La eliminación.....	51
El caporalismo.....	75
Los honorables.....	85
Los pastores y el rebaño.....	95
Comer y callar.....	107
<i>La Protesta</i> .....	119
Nuestras revoluciones.....	131
Cáceres.....	139
La buena revolución.....	147
El núcleo purulento.....	157
El tiranicidio.....	173
La elección de don José Pardo.....	181
Apéndices .....	191

Tipografia de Louis Bellenand et Fils  
PARIS